

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ESPECIAL

**JOHN
HALL**

**LYNN
BARI**

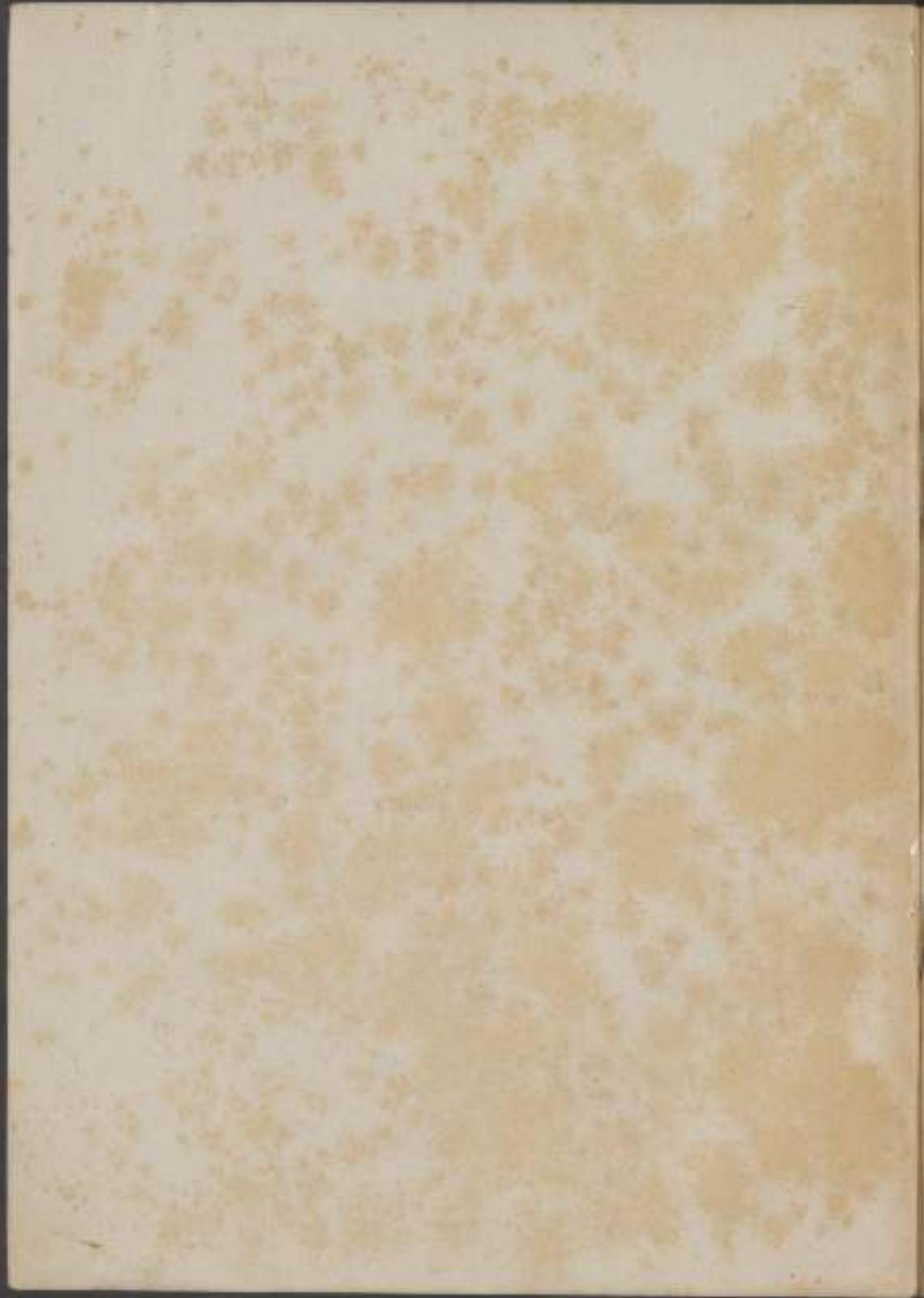
**DANA
ANDREWS**



Kit Carson



Editorial JAPAS





KIT CARSON

NOBLES TIX

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 254 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbón, 16 - Barcelona - Terminal, 4 - Madrid

EDITORIAL
"ALAS"



AÑO XX

SERIE NUEVA
NUM. 101

NUM. 350

KIT CARSON

Emocionantes y dinámicas aventuras de un heroico grupo de hombres y mujeres que, mandado por Kit Carson, personaje auténticamente histórico, llevó a cabo la increíble hazaña de atravesar un enorme continente a pesar de los obstáculos opuestos por hombres y elementos; encontrando en la ansiada meta la gloria y el amor merecidos.

EXCLUSIVAS

MADRID

Avda. José Antonio, 65, 2.º



FLORALVA

BARCELONA

Calle Mallorca, 284, pral.

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Kit Carson</i>	John Hall
<i>Dolores Murphy</i>	Lynn Bary
<i>Capitán John C. Fremont</i>	Dana Andrews
<i>López</i>	Harold Huber
<i>Ape</i>	Ward Bond

Director:

GEORGE B. SEITZ

Narración literaria por
JUAN PLANAS

LOS TRAMFEROS

Varios años antes de que empezase la oía de colinos, que había de dar un impulso definitivo al nacimiento y consolidación de los Estados Unidos, un grupo de cazadores y tramperos subía hacia la cumbre de una de las muchas colinas que erizaban el territorio de los indios shoshones.

Varios caballos de carga soportaban gruesos fardos de pieles, justificando la alegría que se pintaba en todos los curtidos rostros de aquellos hombres, uno de los cuales tañía una cancioncilla en un banjo.

A la vanguardia de la comitiva iban el célebre cazador y explorador Kit Carson, joven de atlética figura y hermosas facciones, y sus dos compañeros de aventuras: Ape, el gigantesco australiano, y López, el mejicano pequeño y alegre. Cuando este último dejó de tocar su concertina, Ape aprovechó el silencio para exclamar satisfecho:

—Nadie en Fort Bridge creería que hay en el mundo tantos castores. ¿Suponeis que volveremos aquí el año que viene?

—Nosotros no volvemos a ninguna parte—le contestó López, lanzando una mirada a Kit.

—No hay por qué volver a un sitio donde se ha estado—dijo este—, habiendo tantos que no se conocen.

Ape meneó la cabeza en señal de desaprobación, y aseguró con voz que parecía un trueno:

—¿Sabes lo que te pasa? Tienes una dolencia: fiebre de horizontes. Siempre quieres mirar al otro lado de la colina.

Esto era, precisamente, lo que estaba haciendo Kit con aire de desconfianza. Al oír las palabras de su compañero, se echó a reír y replicó:

—Tengo verdaderas ganas de franquear éstas. Mi impresión es que este país es mala medicina.

Ape soltó un bufido de desprecio. La alegría de volver a un lugar relativamente civilizado le hacía imprudente. En aquel instante, Kit tiró de las bridas de su caballo y miró al suelo, conducta que siguieron sus amigos. Rápidamente desmontaron los tres.

—Huellas de caballos indios—murmuró Ape.

Mientras el resto de los tramperos se detenía, Kit estudió las huellas. Ape no se equivocaba: los caballos que habían marcado aquello no estaban herrados y hacía poco que habían pasado por allí.

—Sí... Shoshones, ¡qué demonios!—declaró Kit—. Es curioso; se dirigen al bosque en lugar de seguir el sendero.

—Esto ha estado tranquilo. No ha cantado un pájaro en toda la semana—comentó Ape.

—Demasiado...—empezó a decir Kit.

Entonces, de ambos lados del sendero, brotó una descarga cerrada que desbarató el grupo de los tramperos. Detrás de los matorrales aparecieron los penachos de los shoshones...

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Después de la primera descarga, los shoshones se precipitaron contra los blancos. Estos intentaron resistir y, efectivamente, lucharon como leones furiosos, pero el número mucho mayor de sus enemigos se impuso y fueron barridos del lugar, capturados, asesinados y destrozados salvajemente.

Kit Carson y sus dos amigos obraron con la velocidad de centellas. En cuanto desgarró el silencio el horroroso grito de guerra shoshón y los primeros pieles rojas saltaron al sendero, aprovecharon la confusión de la lucha para esconderse, llevando a sus

caballos de la brida, detrás de un macizo de rocas que había en una revuelta del camino, desde donde contemplaron la matanza, no sin hacer algunos disparos.

Hubo una pausa, empleada por los tres supervivientes en cargar sus largos rifles. Los pieles rojas hacían lo mismo con los suyos y reorganizaban sus fuerzas. Ape estaba perplejo.

—Pero, ¿es que estoy soñando?—exclamó—. ¿Tienen rifles los shoshones?

—Tienen rifles, efectivamente — contestó Kit sonriendo—. No olvides que me debes cinco pieles de castor.

—Te apuesto otras cinco a que no vivo lo suficiente para pagarte—propuso Ape.

—Van a atacarnos—avisó López, que no perdía de vista a sus adversarios.

Los tres hombres apoyaron los fusiles en el borde de la roca que les defendía. López y Ape se volvieron hacia Kit en espera de órdenes.

—Esperad hasta que no se pueda fallar—aconsejó Carson—. Y tirad a los jefecillos... ¡Duro con ellos!

Los shoshones cargaban sobre los amigos; los jefes, en número de cuatro, iban a la cabeza de la horda. Los cazadores apretaron el gatillo, mientras las balas sonaban amenazadoramente junto a ellos, y derribaron a tres jinetes. Después emplearon las pistolas y nuevas brechas se abrieron en las filas de los pieles rojas. Ape empleó el «boomerang», que llevaba a la espalda, y mató a otro guerrero...

—No volverán a intentarlo... al menos por ahora—dijo Kit, mientras el enemigo huía.

Pasó el tiempo y la noche cerró sobre los luchadores. La destreza de los tres amigos había mantenido a raya a sus asaltantes, pero, sin embargo, comprendieron que era una locura suponer que vencerían a los pieles rojas. Por consiguiente, planearon su fuga. Después del conciliábulo, Kit buscó unos lazos y se reunió a sus compañeros. Ape le preguntó intranquilo:

—¿Podrás hacerlo?

—Quizá—fué la lacónica contestación de Kit.

— Toda la partida guerrera de los shoshones está aquí mismo — gimió Ape.

— Si — respondió Kit —. Afortunadamente los indios no atacan de noche por superstición. Tenemos que salir de aquí antes de que amanezca. Vamos allá.

Ape le rogó que tuviese cuidado y Kit se arrastró hasta los cadáveres de sus amigos. Ató a dos de éstos con los lazos, y poco después se reunió, sin ser descubierto, con Ape y López. Entre los tres arrastraron a los muertos hasta ellos; sujetaron los cuerpos inertes a las sillas de los caballos, hecho lo cual Kit dijo:

— Si no me uno a vosotros en lo alto de Bader Pass durante la puesta de sol, ya sabéis que no vengo... Pero llevaos a éstos por si acaso.

Entregó los rifles empicados por los indios a Ape y ayudó a poner en pie a los caballos; se tumbó a lo largo de uno de ellos, ocultándose detrás de uno de los muertos fijos en la silla, y se despidió con un apretón de manos.

— Ahora, recordad que tenéis que gritar fuerte... ¡Que Dios sea conmigo!

Los tres cazadores aullaron al mismo tiempo que Kit lanzaba sus caballos al galope tendido. Cundió la alarma entre los sitiadores, aumentada por algunos disparos de López y Ape. Al descubrir al fugitivo, los shoshones fueron dominados por un acceso de terrible furor y emprendieron la persecución.

Esta no fué larga, por lo menos en lo que a Kit se refiere. Haciendo verdaderos alardes de maestría, Kit dejó acercarse a los pieles rojas. La penumbra nocturna engañaba a éstos, que creían estar persiguiendo a jinetes vivos... Luego, Kit Carson animó a sus corceles y acrecentó la distancia entre él y sus enemigos. En el momento de entrar en el bosque, aprovechando una espesura, abandonó su caballo y, tirándose al suelo, se ocultó detrás de unas matas, mientras que los indios continuaban la captura de dos cadáveres, sin percatarse de que habían pasado a dos metros de su más codiciada presa: Kit Carson.

FORT BRIDGER

Fort Bridger era un recinto rodeado de una empalizada, que había tomado el nombre de su fundador y actual director, un anciano diminuto, barbudo, cojo y jovial. Se componía de algunos edificios y de una amplia explanada, donde, en el momento en que empieza nuestra narración, acampaban numerosos soldados y una expedición de colonos, muy atareados en la carga de víveres para el camino.

Bridger entregó a un hombre de aire inteligente el saco que llevaba a cuestas. Era Terry, el jefe de aquella expedición. Mientras éste colocaba el saco en el interior de su carronato, Bridger dijo admirado:

—Son ustedes la gente de más empuje que he visto en mi vida.

—¡Bah! Hay muchos como nosotros — contestó Terry con sencillez.

Los que le rodeaban asintieron a estas palabras, especialmente Alicia, la joven y guapa mujer de Terry. Un oficial del Ejército Regular se aproximó a los que hablaban y dijo:

—Señor Bridger, he pensado que sería conveniente enviar una partida exploradora en busca de Carson.

—Capitán Fremont—contestó irónico el anciano—, me parece muy bien si indica usted por dónde le buscará.

—¿Está seguro de que Carson dijo que volvería?—preguntó ansioso Terry.

—Sí—contestó secamente Bridger.

Alicia sintió que su alma se despertaba e insistió:

—Usted dijo que Carson volvería esta primavera.

—Concedámosle que aun puedo hacerlo. No estamos aún más que a mediados de abril, ¿no es eso?—indicó el anciano—. Además, él no sabe que ustedes le están esperando; si lo sospechase, vendría en menos que canta un gallo.

Los dejó tranquilizados con estas palabras y se encaminó a la abacería, donde se dejó caer en una silla favorita para murmurar, irritado de tanta impaciencia:

—Quisiera trasladarme a un sitio donde fuera posible un poco de paz y tranquilidad. En otros tiempos en cuanto se oían aquí unos cascos de caballo, se preparaba en seguida el rifle... Ahora, todos son comerciantes, ladrones, que le atosigan a uno.

Dió una furiosa chupada a su cachimba: Entonces ocurrió algo que, por coincidir con el deseo expresado en su monólogo, le heló la sangre en las venas. Sonó un alarido que pareció querer derribar las paredes de la tienda, algo zumbó por la abacería; Bridger sintió un golpe en el pelo y se encogió, volviendo asustado los ojos hacia la entrada.

De repente se le ensanchó el corazón: en la puerta, lanzando estentóreos alaridos, estaban Carson, López y Ape, que cazaba a su «boomerang» en su viaje de regreso. López apretó con toda sus fuerzas la concertina y el estridente sonido casi apagó la exclamación de Bridger:

—¡Carson, Kit Carson!

Se arrojó a sus brazos, mientras el cazador le devolvía el saludo con una carcajada.

—Mirad al viejo plutócrata—dijo Ape—, engordando, arrellanado en la butaca de la opulencia... ¿Cómo estás?

El gigantón levantó al anciano del suelo y le zarandeó en el aire.

—Bien. Me alegro de verte, Ape Eaton. Me maravilla que no te hayan cazado a ti y a tu condensado australiano—contestó, señalando a su extraña arma.

López le dió una formidable palmada en el hombro, que Bridger soportó del mejor humor del mundo.

—Hola, López; encantado de verte. Llevo sin oír una nota de buena música desde que te marchaste. No he oído más que eso que tú llamas maullidos de indio.

—Pues pronto vas a oír toda la música que quieras—aseguró el mejicano, sentándose en el mostrador, ejemplo que siguieron sus dos amigos.

—Bien—replicó el anciano—. Puedes estar seguro, Kit, de que nunca he estado tan contento de ver llegar a alguien.

Hubo una pausa, aprovechada por el propietario del fuerte para ocupar su asiento favorito. López tocaba su concertina, en tanto que Ape probaba el filo de su «boomerang» en los pelos que adornaban su cazadora. Kit hizo girar entre sus manos los rifles capturados a los shoshones y los colocó a su lado, diciendo a continuación:

—Te encuentro muy acompañado. Hasta por soldados.

—Hombre, no son compañía mía; sino tuya. Llevan esperándote tres semanas.

—¿A mí?—repitió Kit, enarcando las cejas.

—Sí, hombre; tengo la sospecha de que tienen unas ganas locas de llegar a California y de que tú les conduzcas allí.

Los tres cazadores cambiaron una mirada de sorpresa; Kit, tras encogerse de hombros, contestó:

—También yo tenía muchísimos deseos de poder volver allí.

Su respuesta tenía un acento especial, que hizo percatarse a Bridger de una cosa que no había notado antes.

—Pero, ¿y el resto de los muchachos?—preguntó, extrañado—, ¿Es que no vienen este año?

—No; solamente nosotros—fué la sobria réplica de Carson.

—Bueno... ¿Y las pieles de dos años de trabajo?

—Se quedaron allá, donde se quedaron los muchachos—anunció Kit con los ojos relampagueantes.

Bridger, comprendiendo a medias lo que quería decir, se pasó la mano por la barba, en espera de una aclaración. Ape, cuya alegría había desaparecido, se encargó de dársela.

—Los shoshones, Jim, que anduvieron como locos tratando de atraparnos... —y Ape agregó en tono de broma— ¿No tienes idea de lo que hice?

—No.

—Pues afilar un bordo de mi vieja Betsy—dijo, señalando el «boomerang»—y tirársela. De este modo, cada vez que volvía a mis manos, me traía la pelambreira de un tío de esos. Se gana mucho dinero de esa manera, Jim.

El anciano se puso en pie como si lo hubieran pinchado y se enfrentó con el gigantón, a quien dijo sentencioso:

—Ape Eaton, hicieron muy mal en dejarte salir de aquella cárcel, cuando, además del mayor ladrón, habían atrapado al mayor embustero que ha pisado Australia.

—¿Australia? —repitió Ape con sorna— ¡Caramba! Hablas como si fuera el único sitio donde yo he estado.

—Y tú hablas como si tuvieras ganas de volver allí.

Los cuatro se echaron a reír amistosamente. Carson bajó del mostrador de un salto y enseñó a Bridger los rifles cogidos a los pieles rojas, diciendo:

—¿Habías visto algún cacharro de éstos, Jim?

El anciano estudió el cerrojo de las armas, mientras Kit le arrebató la silla, aunque no en son de broma, pues daba mucha importancia al informe de Bridger.

—Sí, montones de ellos —contestó este—. En California. Son mejicanos; no son como los nuestros.

—Pues son demasiado buenos —le informó Carson—. Por culpa de ellos no han venido los demás muchachos.

Bridger abrió mucho los ojos y afirmó secamente:

—No creo que haya un hombre blanco en Norteamérica que dé un arma de fuego a un indio. Nosotros no hemos tenido el menor choque con los shoshones.

—Pues nosotros sí—replicó Ape.

—Ha sido una bonita lucha, amigo—intervino López, lanzando un beso al aire—. Duró seis horas.

Bridger, preocupado por aquella noticia y molesto por la tranquilidad de los tres cazadores, gritó:

—¡No os vais a estar sentados aquí! Tenéis que hacer algo.

Kit se levantó de la silla y sus dos amigos le imitaron. Ape se desesperó haciendo crujir sus músculos hercúleos, dejando que su jefe decidiese, como en efecto lo hizo:

—Desde luego que yo voy a hacerlo. Lo primero va a ser ir al riachuelo y darme un baño. Después voy a buscar ropa limpia y luego me voy a echar un sueño, en una cama, que va a durar... pues, quizá dos semanas. Oye, ¿tienes jabón?

—Sí, y también un hotel donde puedes, si quieres, bañarte en tu propia habitación como un señorito—le informó con orgullo Bridger.

Los tres cazadores se quedaron boquiabiertos; Kit, cuando se recobró y tuvo la seguridad de que no le tomaban el pelo, confesó:

—Bueno; te lo quedaré a deber.

—Nada, está muy bien. Por eso pongo precios tan altos... Porque no pagan nunca—explicó el anciano.

LA OFERTA

Kit, Ape y López estaban enjabonándose en el curioso baño ideado por Bridger, especie de piscina, que ocupaba todo el cuarto de baño, en la cual entraba y salía el agua de una manera misteriosa, cuyo descubrimiento no preocupó a los admirados cazadores. Cuando más entretenidos estaban en sus abluciones, llamaron a la puerta:

—Adelante—ordenó Kit, suspendiendo por un momento la tarea de enjabonarse.

Era Bridger, que se inclinó hacia él para decirle en un cuchicheo:

—Hay dos señores que quieren verte, Kit.

—¿Quieren esperar a que yo salga o pasar?

Cuando el propietario del fuerte iba a transmitir esta pregunta a los visitantes, la puerta del cuarto se abrió de par en par dando paso al capitán Fremont y a Terry. El primero dijo, mirando desorientado a los tres hombres:

—¿El señor Carson?

—Yo soy—indicó el aludido.

Fremont se cuadró militarmente y prosiguió, hablando con acento oficial y refinado:

—Me llamo Fremont. Llevo el mando de las fuerzas que hay en el interior de la estacada —y agregó— Señor Carson, tengo órdenes de encontrar la ruta más corta a California y levantar el plano de ella.

Kit sonrió al oficial, que le gustaba por su aspecto varonil y decidido. Pero, tras meditar sobre lo comunicado por el capitán, le anunció pensativo:

—Hay mucho terreno que recorrer de aquí a California. ¿Cuándo se propone usted partir, señor capitán?

—Tan pronto aliste a usted como explorador civil.

Y le alargó un documento que demostraba que había sido encargado de aquello. Ape y López sonrieron; al notarlo Fremont, se apresuró a añadir:

—Los honorarios son: cien dólares mensuales, los caballos y la comida.

Kit le devolvió el documento y volvió a frotarse los hombros, indicando con una mueca a Ape y a López que no se mostrarán tan contentos; después respondió:

—Está muy bien pagado. ¿Llevar ustedes consigo caravana de civiles?

—Sí—respondió el capitán, señalando a su acompañante—. El señor Terry es el jefe de la misma.

El mencionado por Fremont adelantó un paso hacia Kit, que le observaba atentamente, y explicó:

—Vamos siguiendo el mismo camino del capitán Fremont. Nos hemos separado de una caravana grande que seguía la ruta de Oregón. Nuestros colonos van todos a California.

Kit frunció las cejas; sus amigos debieron de pensar lo mismo que él, pues cesaron de hablarle.

—¡Caramba! —exclamó Carson, meneando la cabeza—. Es difícil y peligroso conducir una serie de carromatos a través de todo el país que hay de aquí a California.

Pero Terry respondió fogoso, temiendo la desaprobación del cazador:

—No lo pensamos así cuando hemos sabido que el capitán Fremont le tomaba a usted como guía —e, introduciendo la mano

en el bolsillo, continuó—: Aquí tiene usted el reconocimiento, extendido y firmado por todos los componentes de la expedición, nombrándole a usted capitán de caravana.

Kit cogió el papel que le tendía Terry y lo leyó, haciendo lo mismo Ape y López por sobre su hombro. Reinó un silencio, lleno de expectación. Terry y Fremont escrutaban el rostro impenetrable de Carson; Bridger daba chupadas a su cachimba como si estuviera seguro de cuál iba a ser la reacción del trampero.

Mientras esta escena tenía lugar, en el cuarto de baño contiguo, sólo separado del de los cazadores por un endeble tabique de madera, escuchaban la conversación dos mujeres. Una de ellas, hermosísima y joven, estaba en el baño, mientras que otra, de edad indefinida y de rostro feo, pero simpático, aguardaba al borde del mismo con las toallas preparadas. La voz de Carson atravesó los tabiques al preguntar con sequedad:

—Llevan ustedes mujeres y niños, ¿verdad?

—Sí, desde luego—contestó la voz de Terry.

—No soy el hombre que necesitan.

Quien había dicho esto último había sido el explorador. Ambas mujeres se sobresaltaron como si hubieran recibido una descarga eléctrica. En el cuarto de baño de los cazadores el ambiente se había enrarecido; dándose cuenta de ello, merced a su ejercitada percepción, Bridger intervino para mitigar un poco la aspereza de la contestación de su amigo:

—¿Ve usted? Es lo que yo le decía, capitán. Kit no es amigo de atravesar estas tierras cargado de mujeres y criaturas.

Ape salió de su silencio, diciendo con una aspereza similar a la de su jefe, en la que iba envuelta una acusación:

—Los shoshones son capaces de todo por conseguir la cabellera de una mujer blanca y sospecho que no despreciarán tampoco los botones dorados de su guerrera, capitán.

Este se miró a la parte mencionada por el gigantón, mientras los demás, excepto Fremont, coreaban la salida con alegres risotadas. El capitán se irguió más aún y, apretando las mandíbulas, exclamó:

—Parece, muchachos, que no simpatizan ustedes con los soldados.

Y Kit se encargó de responder con una sinceridad casi brutal:

—No es eso. Donde se encuentran soldados siempre hay jaleo. Pero, cuando se encuentra uno en el lio, no hay manera de encontrar a los soldados.

La franqueza, quizá innecesaria de Carson, desagradó al capitán, que no estaba acostumbrado aún a las rudas costumbres de los llaneros, y contestó con acento glacial:

—Señor Carson, lo que usted y sus hombres piensen de los soldados es cuenta suya. Yo confiaba en su colaboración... Pero con ella o sin ella, llevaré a estos soldados a California.

El valor y la prudencia unidos eran lo único que admiraba a Kit, que se creyó en el deber de comentar:

—Usted no me parece persona capaz de entregar a su mujer y a sus hijos a una tribu de salvajes.

—Ya hemos hecho frente a los indios antes—informó Fremont, amansado por la suposición del cazador.

—¿A indios con rifles?—preguntó éste.

—Señor Carson, los hombres y las mujeres que vienen conmigo saben de azares y peligros —intervino Terry con orgullo—. Los mismos azares y peligros con que hubieron de enfrentarse los actuales colonos de Kentucky, Ohio y Missouri.

Kit le devolvió, meneando la cabeza, el reconocimiento firmado por todos los componentes de la expedición y dijo con acento definitivo:

—Puede ser... Pero yo sigo opinando que la ruta de California no es adecuada para mujeres ni chiquillos.

Y continuó bañándose con aire que indicaba que para él había concluido la entrevista. Fremont cogió del brazo a Terry y le llevó hacia la puerta, declarando, despectivo:

—Vámonos, señor Terry. Parece que el señor Carson no siente gran interés por la historia de los Estados Unidos.

El mismo despecho que, en realidad, ocultaba el desencanto experimentado por los visitantes del cazador, tuvo eco en el cuarto de baño vecino. La mujer que estaba al borde de la tosca bañera dijo conternada:

—¿Caray, ha rehusado!

—Me gustaría hablar un momento con ese señor Carson —contestó la joven, apretando decidida los labios.

Pensaba, como habían de hacerlo los demás, que Kit Carson temía exponer su vida ante los peligros por él mismo mencionados. Y una mujer es capaz de perdonar muchas cosas a un hombre, excepto la cobardía, porque, en tal caso, no puede amarle ni odiarle, sino que le desprecia.

Kit, aunque estaba seguro de haber obrado bien, se quedó apesarado por la negativa que hubo de dar. Distraído, cogió el jabón, que le resbaló de las manos, hundiéndose en el agua. Se zambulló en su busca y del baño contiguo salieron gritos femeninos de protesta.

Kit se levantó ruborizado y tartamudeó unas palabras. Había descubierto el misterio del baño: se prolongaba a lo largo de las habitaciones. Bridger, sin dar importancia al incidente, exclamó risueño:

—Se me olvidó decirte que había una señora en la habitación de al lado... Se llama Dolores Murphy, y el capitán Fremont dice que es dueña de media California.

—Bueno, ¿y qué hace aquí?—exclamó Kit.

—Va a California con toda esa gente de los carromatos. Me temo que...

El propietario del fuerte lanzó un grito de aviso y Kit se volvió rápido como el rayo...

El jabón de sus dos amigos también se había perdido en el agua.

La noticia de que Kit Carson se negaba a aceptar el cargo de jefe de caravana llenó de desesperación a los colonos, que tanto habían esperado de él. Todo era inútil. En adelante sólo avanzarían a ciegas. Porque estaban dispuestos a seguir su camino, impulsados por la fuerza invencible de la necesidad vital.

Los preparativos para la marcha se hacían con desgana, contemplando con prevención la gran llanura y las graníticas colinas.

que comenzaban al otro lado de la empalizada. Fremont observó el desaliento, con la perspicacia aguzada por la experiencia que da el mando, especialmente en la esposa de Terry, Alicia. Y se acercó al jefe de los colonos, al que dijo:

—Terry, comprendo el estado de ánimo de su gente.

—Hemos cometido la torpeza de no dudar que Carson aceptaría—reconoció éste.

Fremont, como Carson, amaba sobre todas las cosas el valor y el de los expedicionarios le asombraba. Se dijo que bien merecía una concesión, ya que no un sacrificio. Tras la respuesta de Terry, después de unos segundos de meditación, se encaró con el colono, a quien anunció con una imperceptible sonrisa:

—Terry, soy un oficial del Ejército que no puedo aconsejarle a usted; pero sí puedo decirle lo siguiente: tengo orden de llegar a California... Y éste es un país de libertad. No puedo impedir que me sigan ustedes... ¿Cuándo está usted dispuesto a marchar, señor Terry?

La idea de que iban a ser precedidos de los soldados alborozó a Terry y a Alicia. El primero se precipitó al centro del espacio dejado libre por los carromatos y, quitándose el sombrero, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Dispuestos, dispuestos!... ¡Hurra!

En un abrir y cerrar de ojos corrió la voz de que el capitán Fremont había ofrecido escoltarlos hasta California y, con parecida velocidad, los carromatos fueron preparados, las mujeres y los niños subieron a los vehículos, los carreros ocuparon los pescantes y todo quedó dispuesto para la marcha.

Fremont pasó revista a los carros y a los soldados. Todo estaba en perfecto orden. Llegó a la altura del teniente y dijo:

—Teniente, hágase cargo de la compañía.

El teniente le saludó y dió la voz de descanso. Luego el capitán se acercó a su hombre de confianza, al curtido y rubio sargento, que mantenía su caballo de la brida, y comentó en voz baja:

—Todo ha ido muy bien hasta Fort Bridger, sargento; pero aun tendremos seguramente que hacerlo mejor.

—Sí, señor—respondió el impasible sargento.

Los colonos estaban impacientes y gritaron que ya estaban listos. Fremont descubrió, junto a la puerta de la empalizada, a Dolores Murphy, cuyo aspecto radiante se le antojó una promesa. Así, pues, en lugar de montar a caballo, anduvo hasta la joven.

—Capitán Fremont, ha sido un rasgo espléndido de su parte el permitirnos acompañarle.

—Ningún hombre hubiera podido resistir la gloriosa mirada que le dirigió. El corazón del capitán apresuró sus latidos. Pero se dominó y dijo con una seriedad que desmentía su sonrisa:

—Bien, señorita Murphy, es un deber del Ejército de los Estados Unidos la asistencia y protección de todos los ciudadanos del país, estén donde estén.

—Se lo agradecemos mucho—aseguró Dolores.

—Y si puede usted soportar la compañía de estos rudos soldados otros tres meses, creo poder asegurarle que llegaremos a California, aun sin la ayuda de Carson.

Dolores notó que el capitán aludía al cazador con acento de pesar.

—Bueno. No me ha parecido difícil soportar la compañía de estos valientes soldados durante ocho semanas —y agregó la joven—: Pero parece que lamenta usted lo de Carson. Quiero decir...

Vaciló en completar la frase. Pero el capitán se encargó de ello; no le gustaba negar los méritos de los demás.

—Sí—exclamó con sinceridad—. El conoce estas tierras mejor que nadie. Con él me hubiera sentido más seguro. Sería inocente pretender ocultar que lamento su negativa.

Otro hombre menos noble que el capitán no hubiera pronunciado aquellas palabras. Dolores sintió que su respeto por Fremont aumentaba; preocupada por la idea de que Carson era tan necesario, preguntó:

—¿Está usted seguro de haber empleado todos sus argumentos?

—Le he ofrecido todo lo que mi autoridad me permitía—contestó modestamente Fremont.

Mientras esta conversación tenía lugar, Bridger y los tres cazadores estaban a la sombra del soportal del almacén. López

tañía melancólicamente su concertina, pensando, lo mismo que Ape, ocupado en afilar su «boomerang», que era una lástima dejar que aquellos locos se metiesen en la boca del lobo sin que ellos les acompañaran.

En la puerta de la empalizada el capitán Fremont estaba hablando con dos mujeres. De repente, el capitán saludó, mientras una de sus interlocutoras, la más joven, al juzgar por su armoniosa silueta, se dirigía hacia ellos.

La que se acercaba era Dolores Murphy. Los cuatro hombres del soportal despertaron su curiosidad, a medida que se acercaba a aquel lugar. Ya conocía a Bridger; pero jamás había visto a tres individuos más notables que los que estaban con él. Dos de ellos eran gigantes vestidos de piel de ante; el restante era un personaje cetrino y minúsculo, que dejó de tocar una concertina cuando ella estuvo en su presencia. El más joven de los gigantes iba descalzo y los dedos de sus pies jugueteaban con las raras crenchas de pelo que adornaban la cazadora del otro gigante. Dolores sintió deseos de reírse, sobre todo al descubrir el apresuramiento con que el descalzo ocultaba sus pies, mientras su apuesto rostro se ruborizaba. Los otros dos desconocidos la miraron maravillados, pero el más joven, aparte de su rubor, permaneció impassible.

Ape y López soltaron una risotada ante la extrañeza de Dolores. El australiano avisó:

—Siempre anda descalzo, señorita, cuando no piensa ir a ninguna parte.

Dolores intuyó que el descalzo era Kit Carson, de manera que afirmó, más bien que preguntó:

—¿Es usted el señor Carson?

Este contestó, sin ponerse de pie, cosa que molestó a Dolores, habituada a que los hombres rindieran inmediato homenaje a su belleza:

—Sí, señorita.

—Señor Carson, le pagaré a usted mil dólares en oro, más sus gastos, por llevarme a California. Y doscientos dólares a cada uno de sus... ayudantes. Una sola condición: los demás carromatos vendrán conmigo.

López lanzó un silbido de asombro y Ape abrió los ojos al escuchar el principesco ofrecimiento. Pero ninguno de los dos dijo nada, esperando que Kit lo hiciera. Este respondió lentamente, marcando las sílabas:

—Señorita, nunca he tenido ambición por el dinero; pero, aun siendo ambicioso, aunque me ofreciera usted diez mil, seguiría opinando que ese oficial Fremont está tan loco como todos ustedes.

Dolores se irguió como si la hubieran abofeteado. La negativa la había ofendido por cuanto estaba acostumbrada a que todos sus caprichos fueran satisfechos al instante. Además, aquello no sólo era un insulto a su poder, pero también a su belleza y juventud, en las que acaso había fiado demasiado.

—Me parece que he hecho mal en venir a hacerle a usted esta súplica.

Kit interpretó sus palabras de otro modo del que ella quería y aseguró, sacudiendo la cabeza:

—Sí; así lo creo, señorita.

Los cuatro hombres la contemplaron mientras se alejaba. El viento hizo revolotear la magnífica cabellera de Dolores; después la ocultó la empalizada. Kit había recibido una profunda impresión; jamás había visto a una mujer como aquella; era semejante a un sueño. Sus compañeros, notando que se había quedado pensativo, creyeron llegado el momento de hacer una ofensiva contra la obstinación de Kit Carson, movidos a la vez por sus ansias de acción, de lucha, de humanidad y... también por la curiosidad.

Bridger cambió una mirada con Ape, a cuyos pies se había sentado Kit, acariciando sus botas de montar, y éste le hizo un guiño de equiescencia. Inmediatamente el anciano dijo:

—Bonita muchacha y... espléndido pelo. Da pena imaginarlo de adorno de una tienda de los shoshones.

—No te preocupes de su pelo—advirtió Ape—. Algún shoshone habrá que se cuide de apartarla y ponerla a salvo.

—Oye, ¿haces el favor de callarte?—gruñó nervioso Kit.

—Hombre, estaba pensando...—contestó Ape, lentamente— que tenemos suerte. No hacer nada más que sentarnos aquí y dormir.

—Es verdad, tienes razón—añadió López, que había adivinado sus propósitos—. Lo vamos a pasar soberbiamente...

—Mientras todos esos idiotas se van por ahí buscando que los maten—completó el astuto gigantón—. Menudas fiestas va a haber este verano en las aldeas indias; indios cargados de cabelleras de gente blanca, mientras que sus mujeres torturan a los prisioneros...

Kit se mordió los labios. Su conciencia le reprochaba ya su negativa, pues, si aquellos locos corrían hacia la muerte, él hubiera podido disminuir sus probabilidades de encontrarse con ella. Además, había la maravillosa muchacha californiana; algo nuevo en su existencia, como una armonía divina. Apretó sus botas de montar, perplejo, a punto de ser vencido por el deseo de correr tras la caravana. Ape y López barruntaron lo que estaba ocurriendo en el interior de Kit. El australiano ciñóse el «boomerang» y dijo:

—Bueno, voy a echar una ojeada a los caballos. Acaba uno por hacerse vago de estar sin hacer nada.

Kit no lo impidió. Proseguía su lucha espiritual: el deber y la prudencia. Pero López precipitó los acontecimientos al levantarse.

—Oye, ¿adónde vas?—exclamó Kit.

—¿Quién? ¿Yo?—tartamudeó López—. Voy a ayudar a ése a no hacer nada.

¿De modo que su conciencia, su corazón y sus amigos se oponían a su voluntad? Si los últimos aceptaban la locura, ¿por qué no hacer lo mismo él, que lo estaba ansiando con todas las fuerzas de su alma?

Cogió las botas y se las puso. La suerte estaba echada.

. . .

La caravana, precedida por los soldados, recorría una inmensa llanura, en la que se destacaban colinas monolíticas, como amenazadores centinelas. El capitán cabalgaba a la cabeza, entre el banderín y el sargento, rumbo al Oeste.

Poco a poco aminoró la marcha inicial. Los caballos arrastra-

ban a los pesados carromatos con desgana, haciendo que la línea de los componentes de la expedición se prolongara excesivamente. Los soldados tenían que marchar al paso. Percatándose de ello, Fremont picó espuelas y se acercó al carro de Terry, el primero de la hilera.

—¿No podría usted arrear un poco los caballos, señor Terry? —preguntó.

—Lo intentaré.

—Quiero ir de prisa mientras sea posible hacerlo.

—Sí, señor, ¡Vamos, muchachos!

Terry hizo restallar el látigo y los caballos se pusieron al trote largo; los demás carreteros siguieron el ejemplo y poco después todos rodaban vertiginosamente por la desigual llanura. Fremont, al regresar a la vanguardia echó una ojeada al carro de Dolores, que marchaba destacado del resto, a la zaga de los soldados, recibiendo un saludo de la joven.

Kit, Ape y López llegaban al galope en persecución de los carros. Cortaron terreno en sentido diagonal y, refrenando a sus corceles, se pusieron a la altura de Terry, que soltó una exclamación de sorpresa. El rostro de Alicia se llenó de alegría al escuchar las palabras de Kit.

—¡Oiga, Terry!—dijo éste—. ¿Sigue aún vacante esa plaza de capitán de la caravana?

—Desde luego que sí, si la quiere usted—se apresuró a contestar el jefe de los colonos.

—Con una condición: ser el jefe de los carros.

—Aunque nunca me ha gustado desentenderme de un asunto, lo haré.

Después de decir esto, Terry entregó a Kit su nombramiento. Alicia y sus hijos no cabían en sí de puro contento. La aparición del cazador había disipado los sombríos presentimientos de la partida, ya algo mitigados por la presencia de Fremont y sus soldados. Todos juntos eran invencibles.

—Encantado de saludarle, jefe—exclamó Terry, jovial, mientras Kit guardaba su nombramiento—. ¿Quiere algo?

—Que aflojen marcha sus caballos. Llegarán antes adonde van, si no corren tanto.

La prontitud con que fué obedecido, se le antojó de buen augurio a Kit. Se volvió hacia Ape y López, que cabalgaban detrás de él, y les dijo:

—Vosotros, chicos, seguid la fila y cuideos de los barriles del agua y de los ejes.

—Muy bien—contestaron ambos, contentísimos, haciendo dar la vuelta a sus monturas.

El carromato de Dolores y los soldados proseguían su desenfrenada marcha, que les alejaba de los demás componentes de la caravana, cuando Kit les alcanzó. Dolores se quedó boquiabierta y, por una reacción femenina, bastante furiosa al advertir al cazador. Este, fingiendo no darse cuenta de ello, les saludó alargando el rifle al carrero:

—Hola, muchachos. Tenga esto. Voy a cambiar de puesto por un momento. Parecen ustedes ansiosos de llegar a California el primer día.

Pasó del caballo al pescante y lo mismo hizo, aunque a la inversa, el conducto. Los poderosos puños, acompañados de gritos estridentes, de Kit frenaron a los caballos. Dolores y su compañera aceptaron la proximidad del explorador con un silencio absoluto.

Calahan, el sargento, miró hacia atrás y notó que los colonos quedaban rezagados.

—Perdone, capitán, pero la caravana de carros se va retrasando otra vez—dijo.

Comprobó Fremont que así era y retrocedió, anunciando:

—Hay que decirles en seguida que tienen que seguir la marcha de la tropa.

El mutismo en el carro de Dolores no había sido quebrantado, cuando el capitán Fremont llegó junto a él, ordenando:

—Conductor, arree los caballos.

—¿Qué hay, capitán?—saludó Kit.

—¡Hombre! ¿Qué hace usted en ese carro?—se sorprendió Fremont.

—Ya ve; sospecho que voy a California—contestó Kit con su cachaza peculiar.

—¿Como ha cambiado usted de opinión?

Kit meneó la cabeza, sintiéndose el blanco de todos los ojos. Y, quizá por primera vez en su vida, mintió, aunque, ciertamente, no fué una mentira completa.

—Puede que haya sido por curiosidad. Soy un poco curioso respecto a los indios que tienen rifles.

—Muy bien—se congratuló el capitán—. Pero le necesito a usted al frente de la columna. Venga usted conmigo.

Pero de nuevo respondió Kit con su lentitud exasperante:

—A cada uno lo suyo, capitán. Yo voy a llevar estos carros a California. Y llegaré antes no reventando los caballos.

—¿Quiere usted decir con eso que está usted empleado por el señor Terry?

—Soy el jefe de los carros—replicó con malicia el cazador.

Dolores experimentó de repente un inexplicable odio por el hombre que tenía a su lado, sin molestarse a inquirir por qué había aceptado aquel cargo, cosa que estaba en contradicción con lo que había dicho en el fuerte. Y exclamó, dirigiéndose a Kit con altivez:

—Señor Carson, mi carramato hará lo que el capitán Fremont ordene.

El explorador rebuscó en el interior de su cazadora y le pasó el nombramiento de jefe de los carros, que, como es sabido, contenía las firmas de los componentes de la caravana, preguntando:

—¿Firmó usted esto con su nombre?

Dolores, aunque era innecesario, releyó las firmas y sus mejillas enrojecieron. No obstante quiso protestar:

—Bueno, sí; pero...

El capitán y Kit sonrieron, mientras el último gritaba a los caballos:

—¡So! ¡Vamos despacio!

Kit había ganado el primer asalto.

* * *

Llegada la noche, los expedicionarios acamparon en un recodo de una colina. Pronto estuvieron encendidas las hogueras y en los platos humeó la cena. Kit, que hacía las veces de cocinero,

servió a sus dos amigos y luego a sí mismo. Estaba empezando a comer, cuando vió aparecer, en el umbral de la puerta trasera del carramato de Dolores, a ésta, radiante de belleza, rodeada de luz como por una aureola.

Le faltó la respiración y, una vez se hubo recobrado de su admiración, anduvo hacia ella con el plato en la mano.

—He observado que no se ha preocupado usted de encender fuego, señorita. A menos que lo tenga dentro del carro, imagino que tendrá apetito.

—Gracias: estoy invitada por el capitán Fremont — contestó Dolores con frialdad.

Kit se quedó sin saber qué decir. En aquel instante llegó el capitán, que saludó amablemente al cazador.

—Buenas noches, Carson.

—Muy buenas, señor.

Se acercó Kit a la hoguera y, sin mirar a la pareja, su agudo oído siguió su conversación. Era algo que jamás había escuchado y sintió un apretón en el pecho. Fremont contemplaba a Dolores sobre la plataforma del carro y comentó suavemente:

—Es una lástima estropearlo. Hace usted un cuadro magnífico ahí.

—Gracias—replicó la joven.

Fremont, cogiéndola por la cintura, la depositó en el suelo. Los dos jóvenes pasaron charlando, sin verle, junto a Kit y entraron en la tienda del capitán. El cazador sintió como un frío en el alma; Dolores y Fremont se comprendían, pues pertenecían a un mundo distinto del suyo, refiado, amable... Y le dolía algo en el corazón, algo que jamás había notado.

Ape, que se había acercado a su jefe en busca de más comida, siguió la dirección de las miradas de éste, y comprendió lo que le sucedía a Kit. Lo lamentó. Pero Carson proseguía absorto en sus pensamientos, sin reparar en el plato que el gigantón le tendía, hasta que éste exclamó:

—Oye, Kit, que yo no ceno con el capitán Fremont.

Mientras Dolores lo hacía y los centinelas rondaban en torno del campamento, Pilchard, la señorita de compañía de la californiana, acudió a los cazadores suplicándoles algún alimento,

que Dolores se había olvidado de suministrarle. Una vez se lo hubieron servido y probó el rústico pero sabroso condumio de aquellos hombres, dijo con extrañeza a Ape, que era el que más la atraía:

—Imagínese, estoy comiendo un animal salvaje guisado y me gusta.

—No hay nada como estar cansado y tener hambre, ante un antilope asado en la lumbre—afirmó Kit, poniéndose en pie.

—A usted le gustan estas cosas, ¿verdad?—preguntó Pilchard.

—Sí, señora. Yo nunca fui muy casero—dijo Carson—. No se puede ver a través de las paredes. Bueno, tengo que trabajar. Tú vete a comprobar los ejes de nuevo, Ape.

—Está bien—respondió el gigantón.

Y no tardaron de hundirse en la sombra, armados con sus largos rifles. Kit no regresó, pero Ape lo hizo al cabo de poco, dejándose caer al suelo con un gruñido de cansancio. Pilchard se dio cuenta del pelo que adornaba la guerrera de Ape, quien estaba jugando inconscientemente con él.

—¡Qué extraña piel tiene usted en la chaqueta!—comentó la mujer.

—Eso no es piel, señora; es pelo—corrigió Ape.

—¿Pelo?—exclamó, sorprendida.

Ape lanzó unos gruñidos que indicaban que así era, además de hacer una mueca tan expresiva, que Pilchard adivinó horrorizada la procedencia del adorno. Retirando despavorida la mano que tocaba aquellos flecos pelosos, balbució:

—¿Pelo humano?

López y Ape asintieron con mucho gravedad; en realidad, no concedían mucha importancia a aquellas cosas, pues formaban parte de su vida cotidiana; Ape se sintió divertido al fijarse en el aire de espanto de la poco agraciada señorita de compañía y añadió:

—Claro; humano... shoshones. Yo tenía una de chevernes y otra de piutes en algún lugar. Pero éses no sientan bien y por eso me las puse detrás.

Pilchard alejó, como si se hubiera quemado, las manos que rozaban la espalda de Ape, lugar hacia donde éste había señalado.

—¿Cabelleras?—tartamudeó la señorita de compañía—. Entonces, usted...

Lo faltaban palabras para expresar su horror y desencanto, que regocijaban enormemente a Ape.

—Sí, señora; claro...—afirmó éste para que no tuviese dudas.

Y la voz dulce de López intervino en la conversación:

—Las cabelleras son una cosa que conviene tener. Cuando los indios saben que su enemigo reúne cabelleras, no atacan tan presto.

—Veré, señorita—explicó Ape—. Un valiente no puede entrar en el cielo injún sin una cabellera y por eso temen ellos tanto perderla. Yo iba a hacer un tapete trenzado con crin de caballo...

—¿Un tapete?—interrumpió Pilchard.

—Claro, yo he conocido a uno que tenía su cabaña techada con ellas.

López lanzó una risita que, si puso sobre aviso a Pilchard, sirvió para animar a la fantasía de Ape, quien continuó impasible:

—Era natural; él tenía su familia y tenía que tener un techo en su cabaña.

López ya no pudo dominar su hilaridad; a su risa se unió otra, la de Kit, que se había aproximado, silencioso como un felino, al grupo. Pilchard, en vista de que sus sospechas se habían convertido en certidumbre, protestó, dirigiéndose a Ape:

—Creo que es usted un poco trapacero.

—Bueno, si soy algo—reconoció Ape—. Usted no debe creer lo que digo. Soy un terrible embustero.

Sonó un clarín tocando «silencio» para los soldados. Las agudas notas repercutieron en las colinas. Todo quedó silencioso por un momento. En la tienda, Fremont y Dolores continuaban charlando animadamente. El rito militar sorprendió y encendió la ironía de los cazadores.

—No me asombraría si el capitán besase a estos chicos todas las noches antes de arroparles—insinuó Ape.

Kit meneó la cabeza y contestó no menos burlón:

—Eso podría hacer dormir a su gente, pero despertaría a los indios al Oeste de las Montañas Rocosas.

CIERTO GENERAL

Mientras los colonizadores proseguían su heroica hazaña de cruzar tierras inhospitalarias, a través de llanuras, colinas y cordilleras, sorteando todos los peligros gracias a la pericia de Kit Carson y de sus dos amigos, y a la presencia de los soldados capitaneados por Fremont, en el cuartel general del ejército californiano se fraguaban proyectos contra ellos.

Los días pasaron y los proyectos empezaron a convertirse en realidades por obra y gracia del general Castro, comandante en jefe de las fuerzas californianas.

Una noche, cuando los colonos alcanzaron la falda oriental de la última cordillera importante que les separaba de su meta, un oficial, alicio y derrengado, penetró en la oficina de Castro y expuso a éste la situación.

Castro, mostrando sus blancos dientes en una sonrisa poco prometedora, insistió:

—¿Sí? ¿El capitán americano Fremont y su gente han penetrado actualmente en el país de los shoshones?

—Sí, Excelencia.

—¿Dónde están ahora?

—Están invadiendo las estribaciones de Sierra Nevada.

—¿Han sido cumplidas mis órdenes?—dijo Castro con acento siniestro.

—Sí, Excelencia—respondió el oficial.

—¿Cuántos rifles has distribuido entre los shoshones?

—Quinientos, Excelencia.

Castro hizo un ademán de aprobación; la eficacia de su subalterno le complacía. Tras una breve meditación, ordenó Castro:

—Vuelve y asegúrate para que el capitán Fremont no atraviese Sierra Nevada.

El oficial se cuadró y giró sobre sus talones. Poco le interesaba a Castro que su subalterno estuviera derrengado; sólo le importaba su ambición. El oficial iba a abandonar la estancia, pero se detuvo al oír que el general ordenaba a su secretario:

—Mira que el teniente Ruiz tenga todo lo que necesite.

El teniente Ruiz abandonó la habitación murmurando unas frases de reconocimiento y Castro se sentó en su butaca con el aire de vanidad que era su rasgo más peculiar.

La conversación anterior había tenido por testigo a un obeso general mejicano que, horrorizado por la crueldad de su colega, se acercó a él exclamando impetuosamente:

—Pero... ¡una orden semejante es un crimen! ¡Estás armando a los indios, invitándoles a que destruyan a los blancos!

Castro se levantó de golpe, casi derribando el lujoso sillón que ocupaba, para responder fría y altivamente:

—Yo les invito a que destruyan un enemigo muy peligroso... Hay momentos en los que creo que simpatizas con los americanos.

Casi era una afirmación amenazadora; pero el obeso general no se arredró, contestando:

—Bien. ¿Por qué no? Tengo muchos amigos americanos.

—Sí, debo recordar eso—murmuró Castro para sí; luego añadió—: Has de saber, Vallejo, que el capitán Fremont no me engaña con su expedición científica. Por el momento, los americanos que vienen a California tardan meses por mar; pero si el capitán Fremont puede cortar el camino por tierra, un ejército podrá seguirle...

En esto estaba la clave de todo: Castro no quería rivales.

Mientras tanto, Ruiz había regresado al territorio de los shoshones. Habían pasado algunos días desde que recibiera órdenes

de Castro, órdenes que se disponía a cumplir sin dilación. Con la ayuda de un mejicano muy adicto, estaba trocando su indumentaria de oficial por la de lo indios, para lo cual se oscurecía la piel con un tinte, clavaba unas plumas en su copiosa cabellera y pintarrajeaba su cuerpo, en tanto que preguntaba a su interlocutor:

—¿Distribuíste los regalos del general Castro que trajimos?

—Sí, teniente Ruiz.

—Bien, te necesitaré para que me ayudes a tratar con los shoshones.

—Sí, teniente.

Una hora después, Ruiz estaba en el círculo que los cabecillas de los shoshones formaban en torno de una hoguera. Una vez la pipa del consejo dejó de circular, Ruiz se puso en pie, extendió la mano y dijo:

—Hermanos shoshones: la caravana debe ser destruída y los americanos muertos. Los carros no son conducidos por soldados ignorantes o por estúpidos colonos, sino por un gran enemigo que ha capturado muchas cabelleras shoshones: Kit Carson... Esta noche atacaremos con la astucia del lobo.

De esta manera, Kit Carson, que había de ser una salvaguardia para los expedicionarios, se convertía en motivo principal de las desgracias que acechaban a sus protegidos.

• • •

Los tres amigos estaban sentados al pie del carro de Dolores, haciendo compañía a ésta y a Pilchard. Las relaciones entre los dos grupos se habían estrechado mucho e, incluso, cuando Kit, dejando de fumar, levantaba la cabeza y miraba a la joven, ésta le devolvía la mirada acompañada de una sonrisa. López, ignorante de aquel silencioso coloquio, tocaba su concertina, sin duda para inspirar a Ape que escribía furiosamente en un libro voluminoso.

Pilchard dijo de pronto:

—Usted parece estar haciendo grandes progresos con su historia, señor Ape.



—¿Habías visto algún
cacharro de estos, Kit?



Dolores y Fremont se
comprendían.



—¿Qué hay, capitán?—
saludó Kit.



—¿Será feliz?— preguntó Fremont.



—Muy bien pensado—
aprobó Carson.



Fremont, rabioso por su
falta de cautela, descargó
su revólver.



—No se olvide que yo soy el jefe de los carros—
interrumpió Kit.



Había dos pieles rojas y
el mejicano promotor del
ataque.



Los soldados señalaban
delante del prisionero.



Los soldados no tenían
mejor suerte en el desfiladero.



—¡Lo siento!... ¡No le
comprendí!



Invitó a la joven a bailar.



—Capitán, no permitiré
que los carros vayan por
ese paso.!



—Bien, yo olvidé el amor
y antes me enamoré mu-
chas veces.



--¡Eh; aguardad un momento!-- avisó Kit.



--¡Qué sorpresa se va a llevar Castro!

—Sí, señora—contestó el gigante—. Voy por la mitad de mi segundo lápiz. Pero reconozco que jamás hubiera podido escribir esta historia si usted no me hubiese dado la idea de este libro.

Hacia rato que los caballos, trabados a alguna distancia del campamento, daban señales de excitación relinchando sin cesar.

Los exploradores empuñaron sus armas y fueron hasta los caballos, que se tranquilizaron al estar en su presencia. Ape escrutó las colinas, sin distinguir nada.

—¿No es curioso que los caballos puedan olfatear a un indio a una milla de distancia?—comentó.

—A dos millas—corrigió Kit—. Lo averiguaremos nosotros. Habrá que explorar alrededor del campamento.

Entretanto, Dolores soltó las agujas de hacer calceta y contempló encantada el inacabado calcetín que tenía en la mano. Luego, suspirando, dijo:

—Bueno, esto es todo lo más que puedo hacer hasta que averigüe qué número de calzado gasta.

—¿Es que no se lo has preguntado a él?—se sorprendió Pilchard—. Yo creí que, después de todo este tiempo, los dos habíais llegado a una inteligencia.

—¡Bien!—respondió la joven, desanimada—. El señor Carson es uno de esos hombres fuertes, taciturnos, que son difíciles de comprender. Después de todo es más bien una cosa personal.

Pilchard meneó la cabeza en señal de duda.

—No sé... El señor Ape gasta el número doce.

En aquel instante pasaron rápidamente ante ellas Kit, Ape y López, con las mandíbulas fuertemente apretadas y aspecto decidido. Dolores vió llegada la ocasión de salir de vacilaciones.

—Señor Carson, estaba pensando sí...—comenzó a decir la joven.

—Lo siento mucho, pero ahora no puedo detenerme a hablar con usted—replicó secamente Kit.

Y desapareció, Fremont, que había llegado tras los cazadores, observó muy risueño el comportamiento de éstos y dijo, para entablar conversación con Dolores:

—Parece que Carson lleva mucha prisa.

—¿Usted también lo ha notado?—preguntó la joven, entre alarmada y dolorida.

Fremont se sentó a su lado, en unas cajas que había junto al carronato.

—Se pasó la tarde tratando de convencerme de que nos estábamos metiendo en un lío—explicó el capitán—. Estos exploradores ven un indio detrás de cada mata. No debemos olvidar que ellos han vivido entre salvajes mucho tiempo, convirtiéndose prácticamente en salvajes también.

Como esto estaba de acuerdo con lo que ella pensaba de la conducta de Kit, Dolores repuso:

—Si hubo algún peligro en mi olvido, el señor Carson me lo hubiera recordado constantemente.

Lo injustificado del criterio del capitán y de Dolores sobre Kit quedaba desvanecido por la escena que se desarrollaba a ojos del explorador y de sus dos auxiliares. Ocultos detrás de una roca, al borde de un espacio llano rodeado de sombrías colinas, contemplaban a un grupo de jefes shoshones montados que conversaban en su gutural idioma con otro indio.

El conciliabulo no fue muy largo y poco después los indios desaparecían en distintas direcciones, sin que los prudentes cazadores hicieran nada para impedirlo. Carson frunció entonces las cejas y murmuró:

—Es muy interesante.

—No comprendí una palabra—confesó Ape.

—Ese tipo estaba diciéndoles a los jefes que los soldados no son buenos sin caballos—indicó Kit—. Por eso van a desmandar los caballos del capitán.

—¡Ah!—exclamó Ape, poniéndose muy serio.

Ignorando el peligro que los acechaba, Fremont seguía acompañando a Dolores junto a su carronato. La charla de ambos jóvenes había tomado un carácter muy personal. Los dos hablaban de sí y de su nostalgia, y no tardarían mucho en referirse a los lazos que los ligaban desde que se encontraron por primera vez.

—Una montaña más que atravesar y después... California—dijo Dolores.

—¿Será feliz?—preguntó Fremont.

—¿No se siente uno feliz siempre que va a su casa?

—No lo sé. Yo no soy de California—contestó Fremont.

—Nosotros hacemos que se considere como en su casa.

—¿Lo harán?—murmuró el capitán.

—Claro.

—El hogar está donde existe el corazón—prosiguió Fremont como si no la hubiese oído—. Yo sería el hombre más feliz del mundo si fuera a mi casa con usted.

—No estoy muy segura de haberle comprendido—contestó Dolores, asombrada.

—Pues esté segura de que es así—exclamó suavemente Fremont—. El deber más grato que he tenido ha sido protegerla, sentirme responsable de usted. Estas semanas me han hecho estar seguro de una cosa: de que la quiero muchísimo. Creo que empecé a quererla desde la primera vez que la vi en Kansas Landing.

Esta inesperada confesión de amor dejó atónita a Dolores, sin saber qué responder. Pero un súbito ruido sonó a pocos metros de ellos, sobresaltándoles. Cuando Fremont se llevó la mano a la pistolera, ya era tarde... Pero afortunadamente sólo se trataba de los exploradores. Kit dijo, indicando el arma de Fremont:

—Si nosotros hubiéramos sido shoshones, capitán, habría andado un poco tarde con esa cerbatana —y agregó, volviéndose hacia Dolores—: Es hora de que las jóvenes se vayan a la cama.

—No pretenderá insinuarme cuándo debo irme a la cama, ¿verdad?—gritó la joven, furiosa por su atonto de mando.

—Lo reconozco—declaró Kit.

—Bueno, yo nunca he oído...—barbotó Dolores.

—No se olvide de que yo soy el jefe de los carros—interrumpió Kit.

—Jefe del carro o no, yo me iré a la cama cuando lo crea conveniente.

—Se le nota un poco de sueño ahora.

—Creo que está bromeando, Carson—intervino Fremont, impaciente—. Si no, parece querer llevar muy lejos su autoridad en este asunto.

—Tal vez—contestó Kit, y cogió a Dolores en brazos, a pesar de la oposición que ella le presentaba.

Fremont quiso ayudar a la joven, pero Ape le sujetó con la misma facilidad que si fuese un niño, aconsejándole calma. Cedió el capitán, pero no Dolores, que espetó a Carson:

—Usted siente probablemente una gran satisfacción en demostrar su fuerza y poder a una chica.

—No necesito mucha fuerza, amiga mía—replicó Kit—. Es usted ligera como una pluma.

La hizo entrar en el carro y luego invitó al capitán a que le siguiese para echar una mirada a los caballos, que proseguían relinchando despavoridos, sin hacer caso de los halagos de los soldados, paseándose por delante de ellos, que los vigilaban.

Pero tenían razón los animales; veían lo que no distinguían los centinelas. Cada vez que éstos daban la espalda a la llanura, una partida de indios, bastante numerosa y bien armada, adelantaba hacia los caballos, llevando en las manos para ocultarse unas espesas matas de salvia. Si los centinelas miraban en su dirección, se paraban, perfectamente camuflados.

En su carronato, Dolores aseguraba a Pilchard:

—Algunas veces ese Kit Carson me pone tan furiosa, que me olvidaría de que soy una señora.

—¿Será por eso por lo que le estás haciendo unos calcetines?—quiso saber Pilchard.

Mientras Dolores deglutía la dosis de sentido común administrada por Pilchard, y los colonos, avisados por Kit, se vestían y empuñaban sus rifles, los pieles rojas habían llegado a una veintena de metros de los centinelas. Entonces, con un pavoroso aullido, apretaron los gatillos y dispararon sus flechas, matando a los descuidados soldados.

Y, en aquel mismo momento, los tres cazadores y Fremont aparecieron. Los shoshones ya cortaban las trabas de los caballos; sobre ellos hicieron un fuego certero los recién llegados, derribando a varios y conteniendo el ataque hasta que se presentaron Terry y sus compañeros. La lucha estuvo equilibrada durante unos minutos, pero la victoria se decantó finalmente en favor de los expedicionarios y los shoshones se retiraron como si les persiguiese el diablo.

—Muy bien, muchachos—felicitó Kit.

Luego se inclinó sobre los desgraciados centinelas. Estaban muertos. Fremont, rabioso por su falta de cautela, descargaba su revólver contra las fugitivas sombras de sus enemigos. Kit le dió una palmada en el hombro y le avisó:

—Puede ahorrar sus municiones, capitán. Por ahora no volverán. Eso fué lo que quise decir respecto a ser muy provisor. Hubiera sido muy buena idea hacer algunos cambios.

Fremont aceptó la lección, pero contestó con cierta tirantez en su acento:

—La diferencia entre usted y yo, Carson, es que usted hace lo que le place y yo soy mandado por unas órdenes y unos métodos.

Y encarándose con el sargento, que había llegado con demasiado retraso para combatir, acompañado de los soldados, ya innecesarios, ordenó:

—De ahora en adelante, doble los centinelas, Clanahan.

—Sí, señor.

Kit adoptó un tono sumamente burlón al exclamar, mirando al sargento y a los soldados:

—Pero, ¿si pensé que estaba profundamente dormido! ¿Quizá si volviese a soplar las espitas, capitán?...

La insinuación del explorador de que tomaran a tocar «silencio» fué recibida con un «silencio» verdaderamente glacial.

* * *

En cuanto Kit y sus hombres estuvieron a una distancia prudencial del grupo de soldados y colonos, el primero anunció:

—Tenemos que seguir observando por aquí; estoy lleno de curiosidad por esas huellas que los han desviado.

Observando el suelo que pisaban, llegaron a un punto en que el sendero se veía dividido por un riachuelo. En una de sus orillas, junto al tocón de un árbol, que indicaba indudablemente un vado, descubrieron la huella de un mocasín.

—Salieron del agua aquí—supuso Kit—. Los indios se fijaron en el rastro y siguieron ese camino.

Poco más allá encontraron otro indicio: la señal de un casco de caballo. Kit dijo con sorna:

—Es gracioso. Aquí mismo Toes montó en un caballo. Un caballo usando herradura.

—Los caballos indios no usan herraduras—razongó Ape.

López estudió la huella; después, clavó sus oscuros ojos en su jefe.

—Herraduras mejicanas—dictaminó.

—Sí.

Tras este monosílabo, Kit mandó a sus amigos doblar un arbolillo, por medio de un lazo, extender éste en el suelo y preparar una trampa semejante a las empleadas en la caza de los osos. Una vez terminada, borraron sus pasos con unas ramas y se apostaron en un macizo de vegetación, cambiando brumas.

—Cada vez estoy más intrigado—aseguró Kit.

—Ten a punto el gatillo, López—aconsejó Ape.

—Con un pelo lo sujeto—respondió el aludido.

—Pues cuélgalo de él—insistió Ape—; no quiero jugarme el pescuezo en esto.

—Del modo que yo lo dispuse—declaró Kit—, considero que somos muy impacientes respecto a la pista del que dió armas a los shoshones. Si Toes es un hombre blanco, invertirá su tiempo espiondo en la caravana. Si los shoshones pueden llamar a Toes aullando como un coyote, tal vez nosotros podamos atraerle del mismo modo. Así, pues, vale la pena intentarlo.

En medio de la aprobación de Ape y López, echó la cabeza atrás y aulló como un coyote.

Kit no se había engañado en sus suposiciones. Ruiz estaba espiondo a la caravana. En cuanto oyó el aullido, aunque le extrañó mucho, se puso en marcha hacia el vado, avanzando con mucha cautela, inútil si se considera que al llegar al lugar de la trampa, puso el pie en ésta, que se disparó, elevándole colgado de un pie.

Cuando los exploradores estuvieron sujetándole, Kit exclamó:

—Parece muy familiar, ¿no?

—Sí; eso me recuerda que te debo diez pieles de castor—contestó Ape.

—¿Sabes una cosa?—preguntó López—. Esta es la primera vez que veo un coyote de dos patas cogido.

Ruiz estaba atado a un árbol y gemía, lo que era bastante razonable, pues el hacha de Kit se clavaba a dos centímetros de su cabeza, después de haber sido arrojada por el cazador desde unos diez metros de distancia. Ape y López desayunaban, tumbados en sus mantas, mientras asistían muy serios al interrogatorio del mejicano.

—Yo te he visto acercarte mucho más que eso—reprochó Ape, levantándose—. ¿De dónde dijiste que procedían las armas que entregaste a los shoshones?

Y para animar al prisionero, el «boomerang» se acercó a su cabeza más que el hacha de Kit. Mientras ambos cazadores recuperaban sus armas, López recomendó:

—Es mucho mejor hablar, amigo mío. Yo no tengo la paciencia de mi amigo Carson.

—No lo diré—gritó Ruiz.

—¡Eh, Kit!—exclamó Ape—. ¿No está aquel fuego un poco retirado de él? Puede pillar un resfriado.

—Quizá tengas razón—contestó el aludido.

—Yo sé que tienes razón, amigo. Debe calentarse mucho más—afirmó López, cogiendo un grueso tizón y aproximándolo a Ruiz.

Los colonos, entretanto, levantaban el campo y se alineaban bajo la dirección de Terry. Una vez dispuestos, Fremont dió la señal de partida. Cuando la caravana pasó por el lugar donde estaban Kit y los suyos, los primeros de los soldados, entre ellos Fremont y Dolores, descubrieron a los cazadores atormentando a un hombre atado a un árbol. El hecho de que el martirizado fuera un indio, no disminuía el horror del acto. El capitán y la muchacha se acercaron a los exploradores pidiendo una aclaración.

—¡Suéltelo!—gritó, imperioso, Fremont.

—Se olvida usted, capitán, de que es mi prisionero.

—Estoy tratando de recordar que es usted un hombre blanco—rugió el capitán, desmontando y yendo amenazador hacia Kit.

—No me explico cómo siempre pensé que usted no era más que un salvaje—exclamó con desprecio Dolores.

—Creo que cada uno debe meterse en lo que le importa—replicó Kit—. El capitán está luchando aquí con cañones... Yo combato con fuego.

—¿Cómo se atreve a compararse con un honorable soldado?—repuso Dolores.

Pero Kit no pudo soportar su desdén. Pasó la mano por la cara de su prisionero y le quitó el tinte que simulaba la tez cobriza de los indígenas. Alguien lanzó una interjección, Kit miró de frente a sus acusadores.

—Quiero que se fije usted en un verdadero salvaje—dijo con amargura—. No se preocupe; él habla su lenguaje. El teniente Ruiz, del Ejército del general Castro, puede decirle dónde consiguieron los shoshones sus rifles. No permita que la guerra le engañe a usted.

—Yo me limitaba a cumplir órdenes de mi jefe superior, el general Castro—sollozó Ruiz.

—¿Órdenes de quién?—insistió Fremont, no dando crédito a lo que oía.

Ruiz hizo una exposición detallada de los planes y mandatos de Castro. Dijo que éste temía el obstáculo que representarían los norteamericanos para sus ambiciosos planes, lo que había sido motivo para que dispusiese el exterminio de la caravana.

Fremont y Dolores le oyeron con más horror que al descubrir la supuesta crueldad de Kit. El capitán dió un paso adelante, pero se contuvo y dijo con voz acerada:

—Ya veo, teniente Ruiz, donde quiera que esos hombres vayan —y señaló a los soldados—, la Ley de los Estados Unidos les sigue. La pena por entregar armas y municiones a los indios es la muerte. Como usted me recordaba, mi deber es exigir el cumplimiento de la Ley. Pelotón, ¡atención! Los primeros cuatro hombres, ¡descabalguen!... ¿Desarmen las carabinas!

Empezaron a recoger sus efectos los cazadores. Dolores se llegó junto a Kit y, con los ojos arrasados en lágrimas, sollozó:

—Le debo una satisfacción, ¡Lo siento!... ¡No le comprendí!

Y se unió a la caravana para ocultar su vergüenza.

LA EMBOSCADA

Después de este incidente, los expedicionarios continuaron su camino durante días, semanas y meses, con inquebrantable voluntad. Por último, después de muchas penalidades, sólo mitigadas por la camaradería, se encontraron una buena mañana ante la última sierra de la cordillera, a partir de la cual el terreno sería fácil y cómodo, por tener caminos y estar habitado.

Pero estalló una discusión entre Carson y Fremont acerca de la ruta que más convenía seguir. El primero, asistido por el beneplácito de todos los colonos, cosa que había dado muestras de merecer, recapituló:

—Capitán, sigo creyendo que es una buena idea tadear la montaña. Apártese de allí —añadió, indicando el angosto paso por el que Fremont quería internarse.

—Desearía estar de acuerdo con usted, Carson—contestó el capitán—; pero debo seguir este camino. Rodear la montaña son sesenta millas más.

—Podría ser una buena idea ahorrar vidas y no millas—objetó Kit—. Estas colinas están plagadas de shoshones. Estamos más seguros al descubierto; ese camino sería un peligro manifiesto...

—Mis instrucciones son hallar la ruta más corta hacia California—le interrumpió el capitán—. La milicia sería un trabajo fácil si se supiera de antemano que el peligro nunca existía.

—Yo no entiendo mucho de órdenes y cosas—dijo Kit, después de un breve silencio—; pero sí sé que no existe otro camino además de aquel paso, excepto el que usted va a seguir. Ni siquiera me gusta el olor de este lugar. Es una perfecta emboscada.

—Pero capitán John, hemos estado juntos todo el camino—protestó Dolores, que asistía al conciliábulo.

—Lo siento, pero Carson tiene razón—confesó el capitán—. Aquel paso no es lugar para los carros.

—Bien; búsquenos, si llega usted a Monterrey—concluyó Kit.

—Puede que les esté esperando—repuso Fremont.

Media hora más tarde, los soldados y la caravana estaban perfectamente preparados. Los primeros se disponían a adentrarse en el paso indicado por el capitán; la segunda, a describir una curva y dar la vuelta a la sierra.

Fremont se despidió de todos los colonos, que le estimaban mucho, teniendo para cada uno frases de aliento. Kit y sus dos auxiliares se apartaron de Dolores y Pilcherd, porque adivinaron que el capitán iba a despedirse de la muchacha, como en efecto hizo.

—No sé qué decirle a usted...—balbució tristemente Dolores.

Fremont se inclinó hacia la joven, con un destello de ansiedad en los ojos, y murmuró:

—¿Seguiré siendo allí bienvenido?

—Las puertas estarán abiertas de par en par—prometió Dolores.

Sonrió el capitán: ante la promesa y montó ágilmente en el caballo que un soldado mantenía de la brida. Luego se quitó el sombrero y gritó con voz potente a los colonos:

—¡Buena suerte, verde hierba y agua corriente!

En cuanto el pelotón se puso en marcha, entrando en el angosto desfiladero, Kit ordenó a Terry que se preparara a hacer lo mismo; luego dijo a Ape:

—Daría cualquier cosa para que los indios no interrumpieran los esfuerzos de estos valientes soldados.

La caravana empezó a describir la curva hacia el extremo de

la montaña, llevando a los tres cazadores, ojo avizor, a la cabeza. Pero por mucha que fuera su atención, les fue imposible enterarse de que en la cima de la cordillera estaban todos los bravos de los indios shoshones, entre los que se distinguía el auxiliar del difunto Ruiz.

El mejicano, al percatarse de que los expedicionarios se dividían en dos grupos, dió con el codo al cacique de la tribu, echado de bruces a su lado, y le sugirió:

—Envía la mitad de tus valientes para atrapar a Fremont y la otra mitad para atacar a la caravana.

Las fuerzas indias se dividieron, corriendo unas hacia la es-tribación de la montaña por donde habían de pasar los colonos al describir la curva, y la otra a un lugar del desfiladero muy propicio para establecer una emboscada.

Fremont y Kit experimentaban la misma inquietud vivísima y multiplicaban sus precauciones. Tenían, por decirlo así, el dedo en el gatillo de los rifles.

En efecto, los indios enviados por el cacique se apostaron en un recodo del desfiladero e introdujeron unos troncos de árbol bajo unas peñas que, al desplomarse, destrozarían la arista de la esquina, cerrando el paso a los soldados por la parte de atrás. Empezaron a hacer fuerza. Fremont, que iba a la retaguardia de la tropa, escrutando las paredes rocosas, notó que caían algunos pedruscos a su alrededor y miró a la cima de las paredes. No descubrió nada, porque los pieles rojas se pegaron contra el suelo. Cuando la alarma del capitán hubo disminuído, volvieron a las palancas...

En la llanura, los colonos iban recobrando paulatinamente la confianza. Incluso López se contagió de este sentimiento, quizá influído por el hecho de que los carros se iban distanciando entre sí.

—Está muy tranquilo, ¿no?—preguntó el mejicano.

—¿Sí?—dijo Kit con cierto retintín.

—Me choca esto—convino Ape—; hace días que no hemos visto a un indio.

—El momento de temer a los indios es cuando no se les puede ver—respondió Kit.

Los indios, en el desfiladero, consiguieron hacer bambolear a las rocas apalancadas y, con un esfuerzo supremo, las derribaron. Instantáneamente, confundiendo con el enorme rugido del choque de las peñas al cerrar la salida, retumbó una descarga cerrada, que hirió y mató a algunos soldados...

Fremont dió la orden de cargar y los soldados dispararon contra sus enemigos casi invisibles, que les diezmaban desde lo alto. Era casi inútil querer parapetarse; retroceder era una locura, pero la intentaron, mientras las detonaciones crepitaban con violencia en la angostura del lugar...

Estas mismas detonaciones fueron percibidas por el agudo de Kit, que mandó al charlatán australiano:

—¡Calla!... ¿Oyes?

—Rifles—declaró Ape.

—Rifles mejicanos—puntualizó López.

Kit guió su caballo hasta el carro más próximo y gritó:

—¡Han cogido a Fremont! ¡Colocad los carros! ¡Formad círculo!

Ape y López cogieron los caballos del carromato de Terry por el bocado y los hicieron galopar por la llanura en forma de círculo, que el polvo también trazaba al ser levantado por la alocada carrera. Cuando, después de unos minutos, todos estuvieron dentro del círculo, con los rostros desencajados y pálidos, y preparáronse para resistir un asedio, Terry gritó a uno de los colonos:

—¡Jim, ¿me dejas que use tu caballo?

—¡Eh, aguardad un momento!—avisó Kit, entrando entre los grupos—. No vayáis a tener la idea absurda de ir en socorro de Fremont. Vuestros carros están llenos de mujeres y niños. Ellos son primeros... Terry, si hay algún peligro para la caravana, provendrá de allí...

Todos los ojos se dirigieron al lugar señalado por el explorador. Era una parte de la ladera de la montaña, más baja y despejada que el resto de la falda.

—¿Cree usted poder llegar allí libremente?—añadió Kit.

—Sí, señor—respondió Terry, saltando a caballo.

—No se arriesgue mucho—le recomendó Carson—. Si ve

usted shoshones moviéndose en esta dirección, dispare su rifle.

—Sí, señor—tornó a decir Terry, espoleando su montura.

—Que ninguno de vosotros inicie el fuego hasta que el señor Terry dispare el primero.

Tras esta indicación, Kit, Ape y López salieron del círculo de los carros para ir en auxilio de Fremont.

Detrás de una mata, que crecía en la parte superior de la ladera que Terry tenía que vigilar, había dos pieles rojas y el mejicano promotor del ataque. Más allá de ellos, aguardaba la partida de indios, dispuesta a atacar a los carromatos.

Terry descabalgó al pie de la ladera y corrió cuesta arriba; al pasar junto a la mata, los ocultos saltaron sobre él, le taparon la boca con la mano y le arrebataron el rifle, a pesar de la resistencia que ofrecía el colono...

Mientras tanto, López, Kit y Ape emprendían el regreso hacia los carros. Era imposible pasar sobre las piedras que tapiaban la entrada del desfiladero.

—Están en una trampa—comentó López.

—Han sido cazados muy bien—reconoció, bien que a su pesar, Kit.

Terry, aprovechando un descuido de los pieles rojas que le sujetaban, se soltó y echó la mano a la pistolera. Pero el mejicano con gran rapidez le hirió en el vientre, de manera que él mismo se encargó de dar la señal de alarma. Terry sonrió extrañamente en el suelo. Y el jefe indio dió la orden de cargar a sus bravos, que se precipitaron como un alud hacia la llanura.

—Esa es la señal de Terry—gritó Kit, animando a su corcel.

—Vamos—aulló Ape, haciendo saltar como una centella a su montura.

Los colonos recibieron a los pieles rojas con una mortífera descarga. Ni las mujeres desperdiciaban la ocasión de hacer fuego. Los atacantes, sorprendidos por la inesperada resistencia, vacilaron un instante; pero luego comenzaron a describir su fatídico círculo en torno de los carromatos, ligeros como aves. Y sus balas empezaron a causar bajas entre los sitiados.

Poco a poco, los shoshones fueron estrechando su círculo. Los colonos resistían como mejor podían; pero sólo un insensato

hubiera creído vencer en aquella lucha desigual. Cayeron heridos mortalmente un hombre y una mujer, mientras que desde las laderas de las montañas les disparaban flechas encendidas, lo cual dificultaba más aún la defensa, por tener que abandonar las armas para apagar el fuego.

Los soldados no tenían mejor suerte en el desfiladero. Habían llegado hasta la salida tapiada, en vista de lo cual hubieron de retroceder en busca de una posición mejor. Durante la lucha, que iba agotando sus fuerzas y su número, llegaron a un callejón lateral, desde donde se divisaba un caudaloso río. Fremont dijo al sargento:

—No nos queda más que un recurso, sargento: cruzar el río.

—Yo lo averiguaré, señor.

Y a pesar de las órdenes en contra de su capitán y de los disparos de los pieles rojas, Clanahan montó en su caballo y llegó a la caudalosa corriente, en la que se metió. Minutos más tarde, antes de que consiguiera alcanzar el centro de la misma, el agua le derribó del caballo y le ocultó en su seno... Así murió otro héroe.

La tragedia se abatía sobre todos los atacados, excepto sobre Ape y López, que se divertían muchísimo en su tarea de derribar con certero pulso a los asaltantes, cambiando frases burlonas.

—Es muy gracioso, ¿eh?—preguntó López a Kit, que se había reunido con ellos.

—No seas ridículo—le amonestó su jefe—. Corremos tanto peligro como Fremont. Ninguno de nosotros es lo suficientemente fuerte para poder combatirlos solos. Pero si nos unimos habrá una esperanza.

—Claro que es una buena idea, si podemos conseguirlo... —rezongó Ape, malhumorado, cazando a un shoshone.

—Voy a hacerlo, aunque tenga que arrancarle de allí.

Dicho esto, Kit se puso en pie y pocos minutos después, tras haber cargado un carro con todos los explosivos de que los colonos podían prescindir, empujaba las riendas, diciendo a sus amigos:

—Bueno, ya nos veremos.

—¡Eh, no dejes de volver!—le ordenó Ape.

—Ve por la derecha—aconsejó López.

Luego que hubo encargado a Ape del mando de los colonos, salió como una exhalación del círculo, sin adivinar que le seguía la triste y angustiada mirada de Dolores.

Durante un momento la carrera fué fácil; pero en cuanto le descubrieron los indios, fué objeto de una veloz persecución, que frenaron algo los diabólicos tiros de Ape y de López. Paulatinamente se iba acercando al desfiladero; el tiempo apremiaba, porque los shoshones estaban a punto de capturarle. Kit midió las distancias. Ya era hora. Disparó sobre la mecha, cortó el atalaje de los caballos y se arrojó al suelo... Los cascos de los corceles de los indios estuvieron a punto de atropellarle, pero pasaron de largo, tropezando contra el carro en el momento en que se convertía en añicos, merced a un estallido titánico.

Hombres, pared y carro fueron reducidos a polvo. Los soldados se precipitaron por el salvador hueco y cargaron contra los shoshones que asaltaban a los colonos, acompañados de Kit, que había capturado un caballo sin jinete, destrozándolos con sus sables y pistolas...

Por la noche se enterraron a los que habían perecido durante el día. Alicia lloraba sobre la tumba de su esposo, mientras el clarín sonaba y se hacía una descarga en honor de los fallecidos. Kit, que estaba junto a Dolores, pronunció con amargura:

—Una ruta jalonada de cadáveres, de llanto y de duelo.

Procurando no ser visto, se alejó del triste espectáculo. Le persiguieron los ojos de Dolores; Fremont humilló la cabeza hacia el pocho. Llevaba el brazo en cabestrillo, pero la herida parecía importarle menos que la frase de Kit. Y dijo a Dolores:

—Claro que no se debe a que la caravana fuese acompañada de los soldados...

—¿Como? ¿Se acusa usted a sí mismo de falta de valor?

—Hay muchas clases de valor...—murmuró Fremont—. Uno el que se demuestra en el campo de batalla. Pero decirle que tenía razón, cuando aseguró que más valía ahorrar vidas que ganar millas, es otra cosa. Y no podré mirarle, mientras no se lo diga. Aun para un hombre acostumbrado a la verdad, la verdad duele.

Dolores se levantó silenciosamente y fué en busca de Kit. Lo encontró preparando su rifle. La joven se ruborizó antes de decir tartamudeando:

—Iba... yo iba buscándole a usted... Tenía pensado lo que iba a decirle y ahora... ¿Recuerda usted que le llamé salvaje? Creo que no podré mirarle frente a frente.

—Ya le dije antes que no es muy agradable mirarme, pero si quiere hacerlo no es difícil. Pruebe.

Dolores se puso peligrosamente cerca de Kit, fijando sus ojos en los de él, y prosiguió:

—¿Recuerda usted? Parece como si hubiesen pasado años... Una noche usted me cogió en brazos y me dijo que las jovencitas debían estar durmiendo... y me llevó usted...

—Sí, recuerdo—contestó Kit, palideciendo.

—Quería decirle todo eso... Y me alegró de haber esperado hasta ahora.

Pasó los brazos en torno de los hombros de Kit, que en aquel momento se sentía acobardado, y le besó... El capitán Fremont presenció aquel beso, que significaba la ruina de todas sus ilusiones.

* * *

El señor Murphy daba una fiesta para celebrar la llegada de su hija Dolores y de sus compañeros los colonos; pero en realidad los invitados se habían reunido en su casa con el fin de honrar a Kit Carson.

El agradecimiento inmenso del hacendado no impedía que el explorador se percatase, en medio de la fiesta, de lo fuera de lugar que estaba. Incluso Ape y López, que en aquel momento bailaban, parecían hallarse más en su esfera que él. Se sentía como un caballo salvaje, con ganas de emprender la huida cada vez que notaba los dulces ojos de Dolores fijos en su persona... ¡Y se atrevía a amar a aquella mujer exquisita, bien educada, casi irreal, que danzaba con el capitán Fremont!...

No pudo llevar más adelante sus pensamientos, porque Do-

lores y el capitán se acercaban a él y a su huésped. La primera dijo al cazador, con una sonrisa que desmontó sus palabras:

—Estoy muy enfadada con el señor Carson, porque no me ha invitado a bailar ni una sola vez.

—Es que yo... creo... creo que tendría que ir a ver los caballos, señora—balbuceó, aturdido, el cazador.

—No, no; deje que los caballos también se diviertan—ordenó la joven—. ¿No quiere bailar conmigo?

—No es eso, señora; pero...

—Vamos, vamos...—insistió Dolores, cogiéndose de su brazo.

Durante la velada dada por los Murphy, Castro tenía una reunión en su cuartel, con su Estado Mayor. Sus ojos relucían de placer, como el ratón que ha encontrado un pedazo de queso.

—Me dicen que hay muchos americanos en la hacienda de Murphy—informó a sus oficiales—celebrando una fiesta por la feliz llegada del capitán Fremont. Esta noche, mientras se divierten Murphy y sus amigos, arrasaremos las haciendas de los demás americanos. Dentro de esta semana pienso proclamarme dictador de México, incluso de California... —hizo una pausa y exclamó con orgullo—: Algunos dirán, ya lo sé, que es una ocasión oportunísima, pero yo digo que es casi demasiado fácil realizarlo.

... Kit, preocupado por el ridículo que creía hacer, se apartó de su pareja y dijo con un balbuceo que amenazaba en convertirse crónico en él:

—Lo siento, pero creo que sería mejor sentarnos.

—¿Es que no se divierte usted?—preguntó Dolores, intrigada.

Kit se sentó en el borde del pozo que había en el centro del patio e hizo sitio a Dolores. Cada vez se encontraba más apurado; sentía verdadera necesidad de ordenar sus pensamientos, que le abrumaban al estar junto a la joven.

—Sí, desde luego, señora... Sólo que... mis pies no valen para el baile —prosiguió, frotándose los—, Ni... ni mi traje hace juego con esos vestidos de seda...

Percibió a Fremont, que les estaba contemplando divertido, y le hizo señas de que se les juntara. El capitán lo hizo en seguida y Kit exclamó con alivio:

—¡Hola, John!... Me alegro mucho de que haya venido usted... Así podré yo retirarme.

—No, no debe irse de esta fiesta en su honor—le avisó el capitán.

—¿Para mí?... Yo... Bueno... luego volveré...

Se separó de ellos. Dolores le observaba extrañada, con temor de lo que su alma le aseguraba que iba a hacer Kit. Fremont comprendía los aprietos en que estaba el cazador e invitó a la joven a bailar. Pero ésta no prestaba atención al baile. Kit, como ella, no apartaba los ojos de su persona, lo que le hizo cometer torpeza tras torpeza.

Cuando estuvo el explorador en el lugar en que había acampado y empezó a hacer melancólicamente su equipaje, llegaron Ape y López, éste renqueando y gimiendo. Sus dos auxiliares se dejaron caer sobre las mantas soltando resoplidos, que se cortaron al darse cuenta de los preparativos de su jefe.

—Bueno; yo creí que te ibas a quedar a dormir en la casa, en una cama—exclamó Ape.

—Yo creo que no hubiese podido dormir en ningún sitio.

Ape meneó afirmativamente la cabeza. Su rostro tenía una rara expresión de atontamiento y de maravilla cuando aseguró:

—Yo tampoco estoy bien. Este reposo y estas fiestas me han trastornado un poco... En fin, cosas que pasan...

—¿Qué te sucede?—se alarmó López— ¿Estás enfermo?

—¿Qué te ocurre?—repitió Carson.

—El amor—gritó Ape desesperado—. Estoy enamorado.

Hubo un silencio, en que Kit, a pesar de sus pocas ganas, estuvo a punto de estallar en carcajadas. Con intención de disimular, inquirió:

—¿De quién?

—De Genóvva.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer ahora?—quiso saber Kit.

—Pues lo que voy a hacer en seguida es casarme.

Kit sacudió la cabeza en señal de reproche. Aquello era imposible, como en su caso. Protestó con amargura:

—Y luego la coges de la mano y te la llevas a esas tierras salvajes, donde vives de la caza, a que duerma en el suelo y a

que no tenga más compañía que la de los árboles. Luego le dices que lo haces porque la quieres mucho.

Ape abrió los ojos asombrado, afirmando:

—No había pensado en eso. No puede pedirle uno a una mujer que viva así, ¿no es cierto?

Esa había sido la conclusión de Kit; por lo tanto, contestó:

—No, no puede uno.

—Ya sé lo que puedo hacer—determinó Ape—. Puedo quedarme aquí, en California, establecerme y comenzar a ser un caballero.

—¿Y podrías? —dijo Kit—. Me parece que se necesitaría mucho tiempo para hacer un caballero de cualquiera de nosotros.

Ape sospesó las palabras de su jefe y, convencido de la razón que palpitaba en ellas, se incorporó dando un tremendo puñetazo a sus mantas.

—Kit Carson, eres único para quitarle a uno todas las ilusiones—gruñó.

—Tú debes hacer lo que voy a hacer yo —insinuó Kit—: volver adonde debemos estar.

—¿Es decir que olvide que estoy enamorado?—gimió el desgraciado Ape.

—Sí, creo que eso es lo que quiero decir.

—¿Tú cuándo te vas?—preguntó el gigantón.

—Ahora...

Ape se revolcó sobre las mantas, pasándose las manos por el rostro, mesándose los cabellos, mientras suspiraba desesperado. López, que había asistido a la escena sin hablar, le aconsejó filosóficamente:

—¡No te pongas así, amigo mio!... Mirame a mí... Bien olvidé yo el amor y antes me enamoré muchas veces...

—Sí, pero no hay ninguna como Genyeva—repuso Ape.

... Cuando Fremont regresó al porche con los helados pedidos por Dolores, encontró a ésta sentada y con la cabeza apoyada en los brazos, puestos sobre la barandilla. La joven lloraba desconsoladamente; al oír los pasos del capitán, se enderezó y trató de disimular su llanto, cosa imposible a todas luces. Por consiguiente, se excusó.

—¡Ah, por favor, dispense mis lágrimas!

—¿Lágrimas? —repitió Fremont, adoptando un acento alborozado—. ¿No hablamos quedado en que aquí todo sería alegría?

—Acabo de recibir esto.

Fremont cogió la carta y la leyó rápidamente. Era de Kit; aseguraba que había comprendido lo imposible de su amor al estar en aquel hogar refinado, así como todo lo que les separaba: riqueza, elegancia y cultura, y que, por lo tanto, regresaba a sus amados bosques, donde siempre pensaría en ella, hasta el día de su muerte.

El capitán palideció; no obstante, intentó consolar a Dolores.

—No es cosa corriente en Carson esto de marchar sin despedirse...

Pero era inútil. Dolores no le atendía. Fremont cogió las manos de la joven y empezó a decir, con acento que se fué afirmando a medida que hablaba:

—Pero ahora se ha ido... Es la ocasión de preguntarle a usted algo... algo que siempre le he querido decir. En Fort Bridge le pregunté si podría soportar la compañía de los militares tres meses... ¿Me permite preguntarle si podría soportar mi compañía... toda la vida?

Dolores miró la cara que tenía delante: franca, noble, interesante. No podía obrar por despecho, portarse mal con un hombre semejante. Así, pues, se decidió a ser franca:

—Capitán, usted... usted es al hombre más bueno, más educado, más generoso que he conocido. Cualquiera mujer se sentiría feliz de unir su vida a la de usted...

—No hay más que una con quien quiera compartiría.

—¿Usted quiere que le hable con franqueza?

—Desde luego—contestó Fremont.

—El hombre que yo quiero... acaba de irse—explicó Dolores—y tengo la seguridad de que por estas puertas no volverá a atravesar jamás... Si a pesar de ello, usted insiste, yo no aceptaría a ningún otro en el mundo, sino a usted.

—Yo procuraré que usted olvide.

Y Fremont inclinó la cabeza para besar respetuosamente la mano de Dolores.

HOMBRES HEROICOS

Kit y sus dos amigos trotaban por la ladera de un valle, por cuyo fondo tenían que pasar, cuando López sofrenó de repente su caballo. Sus compañeros le miraron asombrados de aquella acción.

—Mirad lo que hay en esos carros.

En el lugar donde principiaba el valle, se distinguían unas hogueras, iluminando unas tiendas de campaña y numerosos carromatos. Llevaban éstos una bandera que pronto descubrió Ape.

—Fusiles y municiones para Castro.

—Ese Castro me parece que no es buena persona—murmuró Kit—. Creo que no le agradan mucho los americanos como nosotros. Y bien está que hayamos encontrado eso. Quizá sirviera para echar de California a los demás americanos.

—Sí, puede ser—convino Ape, palpándose los bolsillos con interés.

—¿Qué te pasa?—se extrañó López.

—Que quería asegurarme de que tengo mi lápiz, nada más—contestó el gigantón.

Sus amigos entendieron qué quería dar a entender; el australiano se disponía a escribir un nuevo capítulo a su historia, en recuerdo de Genoveva Pitcharé. A una voz de Kit, desmontaron

y se arrastraron hasta el campamento, parapetándose detrás de unas piedras.

Un centinela se paseaba por delante de los carros. Kit señaló la tienda que tenía enfrente; tenía luz y en su interior se distinguía a un hombre corpulento, durmiendo en una cama de campaña. Carso murmuró:

—La verdad es que no esperaba visita.

Dió luego un codazo a Ape. El gigantón empuñó su «boomérang» con una sonrisa y lo lanzó contra el adormilado centinela. La lámina de acero chocó contra la nuca del soldado, que cayó en los brazos de Ape. No había hecho ni el más mínimo ruido.

El ocupante de la tienda iluminada, que no era otro que el general Vallejo, roncaba a más y mejor. Kit derramó en su abierta boca un chorro de vino, que encontró en una botella. Escupió el general, despertándose con sobresalto.

—Siento que el vino no fuese mejor, general—se excusó—. Es el que hay para los prisioneros.

—¿Prisionero—tartamudeó Vallejo—. ¿De quién soy prisionero?

—De mí... Aunque no sé si me conoce.

—¿Es usted americano?—dijo Vallejo.

—Acabo de llegar de Kentucky, si es que desea saberlo.

Vallejo exhaló un suspiro de alivio y se levantó de la cama.

—¡Ah, mejor!—exclamó—. Creí al principio que era usted de los hombres del general Castro. Pero me alegro muchísimo de que sea americano.

—Pero ¿qué es eso, general?—gritó López, desconcertado—. Parece como si le agradase haber caído prisionero.

—¿Por qué no? El general Castro odia solamente a una persona más que a los americanos: a mí. Todos los años le traigo suministros y municiones para consolidar su poderío en Monterrey. Este año tengo el presentimiento de que el general Castro había decidido que fuese mi último viaje—agregó, haciendo un gesto significativo—. Por eso me alegro de haber caído prisionero.

—Bien, ahora no tiene usted que preocuparse de Castro, mi general—le avisó Kit, simpatizando con aquel alegre hombre.

—Me preocupaba desde Méjico por mis amigos.

—¿Por qué?—preguntó rápidamente Kit.

—¿Por qué? El general Castro utilizará estas municiones que hay en mis carros en la guerra contra los americanos de California.

—¿Guerra? ¿Qué guerra? ¿Cuándo empezará?—inquirieron al unísono los tres cazadores.

—¡Cómo! ¡Si ha empezado ya!—chilló el general—. Esta misma noche, en Monterrey, Castro está atacando las haciendas de los americanos.

Kit perdió su risueña expresión, poniéndose muy serio. Se pasó la mano por la cara y opinó:

—Creo que será mejor que dejemos para otro rato ver cómo van esas trampas.

—Creo que es lo mejor—respondió Ape.

Aquellos hombres se entendían a las mil maravillas. Entre ellos no había contratiempos. Kit tomó una pronta decisión y habló a sus dos amigos:

—Vosotros llevad en seguida a todos éstos al capitán Fremont; él sabrá qué hacer con ellos.

—¿No vienes tú con nosotros?—quiso saber López.

—Ya iré después. Todos los americanos que hay en California están en peligro y alguien tiene que avisarles. Es monester que estos carros lleguen a poder del capitán Fremont; cuidado de que no caigan en otras manos.

Y, dejando boquiabierto a Vallejo, montó de un salto en su caballo, hundiéndose en la noche. López enfundó su pistola; Ape dió una amistosa palmada al bondadoso militar, exclamando:

—Vamos, general, tenemos que recorrer mucho camino.

Lo anunciado por Vallejo se estaba cumpliendo aquella noche. Los soldados de Castro, mandados personalmente por este general, asaltaban, saqueaban, metaban y destruían las haciendas americanas, dejando tras sí un rastro de fuego y sangre.

Carson recorrió incansable, durante toda la noche, los caminos que conducían a las haciendas de los norteamericanos, despertando a sus moradores y dándoles la voz de alarma, así como el consejo de que se refugiaran en la hacienda de Murphy.

Fremont, Dolores, Murphy y la mayoría de los invitados fue-

ron atraídos por el inesperado espectáculo, cuya emoción aumentó Ape al decir al capitán:

—Capitán Fremont, le traigo al general Vallejo.

Este último estrechó de mil amores la mano del capitán. El nombre que había mencionado el cazador llamó la atención de Murphy, que se fraguó paso hasta ellos, cayendo en los brazos del general.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntó el dueño de la hacienda.

—De momento, no hay sitio para dos generales en California—contestó el amable general—. Es mucho mejor estar aquí.

—¿Qué significa todo esto?—gritó Fremont, en el colmo de la incompreensión.

—Que hemos recogido esas municiones—le anunció Ape, indicando los carros—, las cuales nos vendrán muy bien.

—¿Dónde está Carson?—preguntó el capitán.

—Ha ido a avisar a los demás americanos.

—¿A avisarles? ¿Para qué?

—Porque Castro está de camino para arrasar todas sus haciendas.

Fremont se convirtió al instante en el hombre de prontas decisiones, en quien confiaba Kit.

—¡Que descarguen esos carros!—mandó.

El chillido de consternación y de espanto que resonó en la hacienda de Murphy parecía extenderse por toda la comarca. Los americanos obedecían sin tardanza al aviso de Carson y se aproximaban a la finca del padre de Dolores a uña de caballo, abandonando todo detrás de sí en su deseo de conservar la vida.

Así, pues, cuando por la tarde desmontó, en medio de palabra de agradecimiento, Kit en el patio, este lugar estaba lleno de bote en bote. Sin embargo, la primera persona que habló con él fué Dolores, muy emocionada al verle llegar.

—¿Tan pronto?—murmuró la joven.

—Yo creo que todos los días son iguales entre sí—dijo Kit.

—No, no es eso. Es que anoche dije que sí al capitán John, cuando me pidió que me casara con él.

La sangre se heló en las venas de Kit. De momento no supo

qué decir, pero luego, dominando su desconcierto y tristeza, murmuró valientemente:

—Me alegro de saberlo. El capitán Fremont es muy bueno, vale mucho y usted merece lo mejor.

Poco más tarde, mientras los criados e invitados tomaban las disposiciones necesarias para fortificar la hacienda, los más significados de los hacendados discutían con Kit y Fremont la conducta futura de los perseguidos por Castro. Ape y López se acercaron al lugar de la conversación, decididos a tomar parte en ella, en caso de que fuera necesario apoyar a su amigo. Pero los reunidos tenían una fe ciega en el explorador.

—Probablemente le necesitaremos a usted aquí, Kit—advirtió Murphy—. La República de California precisa de muchas cosas.

—¿Qué es lo que piensan ustedes hacer ahora?—puntualizó Kit.

—Nos fortificaremos aquí—dijo alguien.

—¿Aquí?—preguntó Kit, sentándose en el borde de la mesa—. ¿Con sus familias cogidas a sus faldores? Eso no sería una batalla, señores; sería una matanza.

—Yo creo que podremos defender a nuestras familias—terció otro presente.

Carson lanzó una risita sarcástica y contestó:

—Yo tuve la oportunidad de ver lo que trae Castro. Estaremos ante él en proporción de uno a diez. Eso sin tener en cuenta que trae consigo artillería.

—Nos defenderemos por muchos cañones que traiga—prometió Murphy.

—Sí; pero así hacen ustedes el juego a Castro—les avisó Kit—. Su plan se basa en cogerles a todos reunidos en un sitio y terminar de una vez. Por eso, si yo estuviera en su lugar, lo que haría es salir de aquí, una vez que las mujeres y los niños estuviesen a salvo. Y si yo fuese usted, capitán, me llevaría a mis soldados y a todos mis hombres, capaces de montar a caballo y disparar, y me iría a las montañas, lo bastante cerca para poder regresar en un momento.

Sutter, uno de los más célebres personajes californianos, protestó con calor:

—¿Marcharme lejos de mi hacienda? ¿Dejarla sin defensa? ¿Presentar batalla en campo abierto?

—No es eso exactamente, señor Sutter—corrigió Kit—. Yo dejaría a alguien aquí, por ejemplo: a mí, a Ape y a López, con fusiles de repuesto, para poder hacer mucho ruido. Y con unos cuantos maniquies en la muralla para hacer creer a Castro que tenía reunidos en un solo sitio a todos los americanos de California. Y entonces, si yo fuese usted, capitán, esperaría a que Castro se lanzase al ataque de la hacienda, y entonces caería sobre él por retaguardia, como una manada de caballos salvajes.

—Pero, si hacemos lo que usted dice, quedan, entre tanto, nuestras familias en campo abierto y a merced de Castro—objetó Sutter.

—Así es, pero no estarán en peor situación de la que están ahora.

Y se oyó la voz de Fremont en apoyo del plan expuesto por Kit, diciendo:

—Y, lo que es más importante, se trata no sólo de derrotar a Castro, sino de la independencia de la República de California.

Todavía parecieron vacilar algunos; pero Murphy exclamó:

—Señores, si Kit Carson está dispuesto a sacrificarlo todo por nosotros, ¿por qué dudamos?

Y, gracias al apoyo de Fremont y de Murphy, el plan de Kit fué aceptado, y aquella misma tarde evacuaban la hacienda los hombres, las mujeres y los niños con sus objetos más apreciados.

Al cerrar la noche sólo quedaban en la casa Ape, López, Fremont y Kit, ocupados en la rara labor de adosar a las troneras, de modo que fuerán perceptibles, una serie de maniquies, amontonados en un rincón del patio. Ape y López, como siempre que se avecinaba una pelea, hacían gala de un buen humor inmejorable.

—No creía yo que iba a organizar un ejército esta noche—se reía Ape.

—¿Qué sorpresa se va a llevar Castro!—comentaba López.

—Lo que aun no acaba de gustarme es que los soldados han de tomar parte en la lucha—murmuró Ape al oído del mejicano.

—¿Y qué importa?—le consoló éste—. ¡Con tal que sea una lucha de verdad! —y ordenó en un maniquí—. ¡Eh! ¿Cómo te

llamas, soldado? ¡Saluda al general López!... Bueno, cuando derrotemos al general Castro, te haré sargento.

—Si no fuese que tenéis pocas probabilidades de salir con vida, se diría que vais a la verbena—dijo Fremont, admirado.

—Ya nos hemos visto en otras peores—afirmó Kit—. Tampoco usted va a ir a dar un paseo.

—Supongo que en estas ocasiones es cuando hay que demostrar de lo que uno es capaz—esquivó el capitán con modestia.

—Lo único que hay que hacer es tener buena voluntad.

—Mis hombres y los californianos esperarán a la señal de usted antes de lanzarse al ataque—le recordó Fremont.

—No se preocupe; yo procuraré que la oigan—le tranquilizó Kit, sonriendo.

—No se arriesgue demasiado—le rogó Fremont.

López, que regresaba de colocar un maniquí en una tronera, aseguró:

—¡Oh, no, señor! El que se arriesga en este caso es el general Castro.

—Buena suerte, Ape...

El capitán fué estrechando sucesivamente la mano de los valerosos cazadores. Después, cuando iba a hacer lo mismo con el explorador, titubeó un momento, retiró su diestra y suplicó:

—Oiga, Kit, yo... yo creo que hay tiempo para... para que me acompañe usted a la puerta y hablemos.

Kit accedió al deseo de Fremont y dejó solos a sus camaradas, que seguían prodigando sus cuchufletas a los monigotes de paja. Le costó bastante a Fremont comenzar a decir lo que quemaba su lengua; al llegar al aljibe se decidió.

—A Dolores no le agradó mucho que se fuese usted sin decirle adiós. No debió hacerlo—amonestó a Carson.

—¿Por qué?—dijo éste con dificultad.

Fremont se llenó el pecho de aire y confesó:

—Porque ella le quiere.

Kit sacudió la cabeza en señal de duda.

—Ella misma me ha dicho esta tarde que se va a casar con usted. No es de esas mujeres que se casan con un hombre sin quererle.

—Hay muchas clases de cariño, como hay muchas clases de hombres —empezó a explicar Fremont—. El cariño que yo desearía de ella, ella no lo profesa a nadie más que a usted. No se haga el indiferente, sobre todo luego, cuando vuelva.

—Cuando vuelva... Eso es lo que hay que ver—corrigió Kit. Pero Fremont prosiguió sin hacerle caso:

—A ella no le preocupa lo que usted tenga, lo que usted haga, sino como es usted: su cariño, su trato...

—Así es, capitán... Eso es lo mismo que yo siento por ella, John. Usted es quien debo casarse con ella. Usted es un caballero desde que nació, usted sabe lo que ha de decir, sabe lo que ha de hacer; por eso es por lo que yo me alegré mucho cuando ella me dijo que se iba a casar con usted... Hemos recorrido juntos un camino muy largo, John. ¿Verdad que es curioso que los dos pensemos lo mismo acerca de las mismas cosas?

Adivinó Fremont que Kit quería desviar la conversación para dar más fuerza a su convencimiento de que era necesario de que él, el capitán, se casase con Dolores. Pero no estaba dispuesto a admitir aquel sacrificio, porque lo era; un hombre como Carson no merecía ser sacrificado. Iba a entrar en una lucha en la que tal vez ambos, o uno de ellos, perdería la vida; por consiguiente, lo mejor era colocar las cartas sobre la mesa, para que el superviviente pudiera proceder sin remordimientos de conciencia.

—Lo que pasa, Kit, es que, aunque nosotros pensemos lo mismo, no soenos nosotros lo que importa... Es ella... ver lo que sea mejor para ella y lo que pueda proporcionarle la felicidad.

Kit vió llegada la ocasión. Exclamó:

—Es gracioso. Eso mismo es lo que yo pensaba cuando me marché sin despedirme siquiera.

—Pero es usted quien puede hacerla feliz, porque a quien ella quiere es a usted, no a mí.

Pero la obstinación de Carson en aceptar la verdad era tan grande como la de Fremont en su empeño de convencerle.

—Gran desengaño me llevaría yo, capitán, si usted no pudiera hacerla feliz—replicó, sonriendo—. Creo que ya está todo dicho, y lo mejor será que yo reemprenda mi marcha.

La réplica de Fremont se vió cortada por un hombre que llegaba jadeante. Se detuvo ante ellos y gritó muy exitado:

—Las fuerzas de Castro han cruzado el río. ¡Vienen hacia aquí por el cañón del Oeste!

Kit y Fremont se levantaron.

—Muy bien, gracias—dijo el segundo, que añadió para Kit—: De momento voy a marcharme yo. Espero que los dos salgamos con bien de esto. Adiós, Kit.

—Adiós, John—respondió el cazador, estrechando su mano.

Al amanecer, las fuerzas de Castro, un batallón, provisto de artillería, se adelantaban a la hacienda. A una orden del general, los soldados se detuvieron, y Castro y su ayudante estudiaron la hacienda con un catalejo, felicitándose por la brillante oportunidad que tenían de aniquilar a todos los americanos.

Ape, que miraba al campo desde la puerta abierta, llamó a Kit al descubrir a los primeros soldados.

—Mira, Kit; tenemos visita.

—Sí, será mejor cerrar.

—Bueno, me parece que vamos a estar casi mano a mano—gritó contento el gigantón, echando los cerrojos.

—Sí, una cosa así—contestó Kit.

Pero las fuerzas eran muy desiguales, a pesar del entusiasmo de los sitiados. Los soldados llegaron a unos doscientos metros de distancia de la hacienda; se desplegaron en orden de combate y uno de sus cañones lanzó la primera granada contra el edificio.

La granada estalló en el patio. Inmediatamente los cazadores dispararon sus rifles y, a renglón seguido, los de los maniquies que tenían más cercanos, causando sensibles pérdidas a Castro. De todas las aspilleras de la hacienda surgía una constante llamada y las balas, por no haber sido enviadas apresuradamente, eran menos certeras.

—¿Es que no se van a rendir?—rugió Castro, enfurecido por la inesperada resistencia.

La puntería de los sitiadores se iba afinando. El patio de la hacienda se había convertido en un infierno, sembrado de los rifles que los cazadores tiraban al suelo una vez los habían usado.

Una granada casi estalló junto a la puerta e hizo tambalear a Kit, que se llevó una mano al hombro.

¡Y Dolores salió del interior de la casa! Con ella iba Pilchard; transportaban ambas numerosos fusiles. Al advertir que Kit había sido herido, Dolores corrió hacia él para curarle. Kit exclamó furioso:

—Le dije a Fremont que se llevase a todas las mujeres.

—Es que ésta es mi casa—contestó la joven con dulzura. Y Kit no tuvo nada que oponer.

Los hacendados y Fremont contemplaban la lucha, en formación de combate. Pronto adivinaron que la situación de los cazadores era insostenible, y Larkin, el amigo de Sutter, se aproximó a Fremont, diciendo:

—Capitán Fremont, Carson y sus hombres no podrán hacer nada; dentro de unos instantes y la hacienda estará destruida. ¡Ataquemos ya!

—Señor Larkin—replicó Fremont—, cuando se ha establecido una consigna, hay que observarla. Atacaremos cuando oigamos la señal de Carson, no antes.

La hacienda estaba llena de humo y de polvo, hasta el punto de que los cazadores apenas se veían. Pilchard y Dolores cargaban los rifles con una tenacidad y valor que no desdecía del de los cazadores. Por último, López, observando un nuevo movimiento de las fuerzas de Castro, avisó:

—Vamos, venid aquí... Continúa disparando.

—Kit, ¡ah! vienen!—aulló Ape.

—Les prepararé la sorpresa número uno. Retiraos de ahí.

Mientras le obedecían, Kit saltó a una trinchera abierta ante la entrada. Estaba llena de barrilillos de pólvora y de dinamita, cuya mecha encendió, retirándose después hacia donde estaban sus amigos:

—¡Preparados!—ordenó Fremont, desenvainando su sable, en las colinas.

La caballería de Castro iba ganando terreno. De repente, la mecha se apagó. Kit y Ape midieron con la mirada a la trinchera y a sus enemigos, y ambos se encontraron en la puerta.

—Se apagó—chilló Ape.

—Sí—respondió Carson, corriendo hacia la trinchera, mientras Dolores le llamaba.

—Kit, ¿por qué no lo dejas?—preguntó Ape, conteniendo a su amigo.

—Si eso no hace explosión, John no oirá la señal y entonces, cuando acuda será demasiado tarde para todos.

—Muy bien.

Y diciendo esto, Ape descargó su puño contra la mandíbula de Kit, dejándole sin sentido. Y en medio del horror de las mujeres, saltó a la trinchera, esperó un segundo y disparó su pistola contra el barril más próximo a él, en el momento en que la caballería enemiga iba a entrar en la hacienda. Surgió una llama enorme, que devoró a hombres, tierra, caballos y... a Ape. La señal había sido dada.

Fremont se lanzó con sus hombres contra los de Castro. El furor de los americanos era comparable a una ola devastadora. Los mejicanos, cogidos por la retaguardia, fueron acuchillados sin piedad, se les arrebató la bandera, se les hostilizó, mientras Castro escapaba a una de caballo...

La lucha había terminado.

Días después, Kit Carson se disponía a partir de la hacienda. Se encontraba muy solo; sus dos amigos habían muerto y llevaba un brazo en cabestrillo, lo que no le impedía apretar la cincha de su caballo.

—¿Es que... es que se marcha usted?—preguntó Dolores, que había llegado sin ser vista.

—Sí, a las montañas.

—Pero aun no está usted lo bastante fuerte para un viaje largo y aun no ha terminado la lucha por California.

—Bueno... Ya se ocupará de eso el capitán John Fremont.

—¿Se marcha usted solo?—insistió la joven, desesperada.

—Sí... me voy... no sé dónde—balbució Kit, que había sido descubierto en el momento de dejar campo libre a su amigo.

—¿Y ese nombramiento?—exclamó Fremont— Llegó un correo del general Kenny. Los Estados Unidos han declarado la guerra. Se nos ordena que nos dirijamos a Los Angeles para atacar a Castro. El mismo correo trajo esto...

Entregó un documento de aspecto oficial a Kit. Era un nombramiento de jefe de Exploradores, cargo que suponía la categoría de coronel. Fremont se cuadró y luego estrechó la mano de Kit, felicitándole. Carson comprendió que todo aquello había sido maquinado por el capitán para que cayeran las barreras que le separaban de Dolores; un coronel se puede casar con una opulenta hacendada.

—John Fremont—empezó a decir, fingiendo enfado—: es usted el hombre más obstinado que conozco; siempre se sale con la suya, aun en contra de usted. Por eso creo que le nombraron para este puesto... ¿Un coronel puede dar órdenes a un capitán?

—Sí, señor—contestó Fremont, cuadrándose.

Dolores aprovechó la ocasión para besar a John, tras lo cual el capitán recibió la orden de dar media vuelta y desaparecer... Porque Kit y Dolores tenían que hacer algo, que no era muy correcto que su amigo viese... a pesar de que éste imaginaba lo que ocurriría como si lo estuviera presenciando.

Y aquella misma tarde, los soldados con Kit y Fremont a la cabeza, se alojaban de la hacienda para tomar parte en la lucha, de la que habían de salir vencedores.

FIN

No deje de leer en

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 3 pesetas

HOMBRES INTREPIDOS

Novela realista de los narradores del mar, con sus proezas, aventuras, arrojo y la ruda coraza de sus cuerpos bronceados de navegantes.

LA RUTA DEL ESTE

Novela documental histórico de gran emoción e interés, describiendo los efectos de los torpedos, submarinos, explosiones y hundimientos.

¡Cautela! - ¡Astucia! - ¡Decisión!



Colección *Jorge Negrete*



Una creación de **Editorial Atlas**

CANCIONERO

Canciones mejicanas	una peseta
Creaciones de Jorge Negrete	1'50 >
Jorge Negrete y Amanda Ledesma	1'50 >
Jorge Negrete, sus nuevos éxitos	1'50 >

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Quando quiere un mejicano	3'50
Así se quiere en Jalisco	
Diego Banderas	
Perjura	
Biografía de Jorge Negrete «Genio y figuras»	Pesetas
Enrique de Logardere	

3 pesetas